

BOLSILIBROS
BRUGUERA

este

EDICIONES

B

Lou Carrigan

CUMPLE CON TU DEBER



Lectulandia

Wesley Grover entró en el antedespacho del gobernador con el sombrero en las manos. Estaba recién afeitado, se había cepillado las ropas y no se veía sobre él, como era habitual, el antiestético revólver.

Lectulandia

Lou Carrigan

Cumple con tu deber

Oeste legendario - 66

ePub r1.0

Titivillus 21-05-2019

Título original: *Cumple con tu deber*
Lou Carrigan, 1989

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

más libros en lectulandia.com

CUMPLE CON TU DEBER

LOU CARRIGAN

PRELUDIO

Los jinetes escondidos entre las peñas vieron acercarse la diligencia por el llano. Iba levantando, como siempre, una gran polvareda que marcaba su paso mucho mejor que la simple visión del vehículo y los seis caballos que tiraban de él.

—Bueno, ahí la tenemos —dijo uno de ellos.

—Parece que lleva prisa —rió otro.

Los jinetes parecían estar de muy buen humor. Posiblemente consideraban la llegada de la diligencia como algo realmente divertido. Es probable que tuviesen sus motivos para adoptar tal actitud.

—Bueno, ¿qué hacemos? —gruñó otro de ellos—. ¿Vamos a por ella o no vamos a por ella?

—Vamos a por ella —contemporizó otro—. Pero no hay tanta prisa. Hasta que llegue al lugar que a nosotros nos interesa, tenemos tiempo sobrado de considerar el descenso de esta montaña como un paseíto.

—Paseíto o no —refunfuñó el que había hablado antes—, lo mejor será, que empecemos ya a ponernos todos en movimiento.

—De acuerdo. Los jinetes iniciaron el descenso de la rocosa montaña. Estaba todo salpicado de peñas, salvias y demás matas silvestres. Al fondo, todavía por entre peñascos y peñascos, veían acercarse la diligencia que llevaba, es cierto, una marcha veloz, como si la proximidad de la siguiente parada hubiese reanimado no sólo a los hombres que manejaban los látigos, sino a los propios caballos de tiro.

Como medio minuto después, los jinetes habían llegado a terreno llano. Una vez allá se colocaron a ambos lados del camino. Entonces, a la señal de uno de ellos, todos subieron los pañuelos que llevaban al cuello y de este modo quedaron ocultos sus rostros. El pañuelo ocupaba desde la mitad de la nariz hacia abajo. Y entre esto y el sombrero que ocultaba casi la totalidad de la frente, pues se lo habían encasquetado con fuerza, los rostros eran simplemente un par de ojos y un par de cejas.

La diligencia estaba ya a menos de doscientas yardas. Y en el silencio del atardecer, hasta el grupo de jinetes distribuidos a ambos lados del camino, llegó el alegre sonido de las campanillas.

En lo alto del pescante, el conductor manejaba el largo látigo como si fuese una divertida broma. En realidad no golpeaba con él a los caballos, sino que más bien, haciéndolo chascar por encima de ellos, les hacía comprender la conveniencia de apretar el paso.

Muy pocos segundos después, por fin, la diligencia estaba ya a menos de diez yardas de donde esperaban los enmascarados jinetes.

Ése fue el momento en que dos de ellos decidieron aparecer en el centro del camino. Llevaban cada, uno un revólver en la mano derecha, y, por el modo de empuñarlo, la suavidad con que lo sostenían entre sus dedos, era fácil adivinar que manejarlo no iba a representarles un grave problema.

El conductor de la diligencia sabía de esto tanto como los propios asaltantes. Por eso, lo primero que hizo al ver a los dos jinetes fue meter el pie en el freno de las ruedas traseras y tirar con todas sus fuerzas de las larguísimas bridas que unían a los caballos que tiraban de la diligencia.

De este modo el vehículo, bamboleándose violentamente, quedó frenado casi en seco a menos de diez pies de los dos primeros jinetes. Y casi en el acto, por detrás, aparecieron los otros, también empuñando sus revólveres e igualmente cubiertos sus rostros por los pañuelos.

Uno de los dos jinetes que estaba delante de la diligencia dijo, con voz algo chillona y evidentemente desfigurada a propósito:

—Esto es un asalto, señores. Lo más conveniente es que todos obedezcan lo que vamos a decir y nada lamentable ocurrirá.

El conductor de la diligencia, desde, luego, era de la opinión del asaltante que había hablado. Pero el guarda que viajaba en el pescante a su lado llevando una potentísima escopeta de dos cañones consideró de modo muy diferente la situación.

Así que, reaccionando automáticamente respecto a la orden recibida, alzó la culata de su escopeta, buscando la perfecta colocación en el sobaco derecho.

Eso sí lo consiguió.

También consiguió colocar la mano derecha bajo los dos cañones y meter el dedo índice en la curva del guardamonte. Pero ya no consiguió nada más. Ni siquiera tocar el gatillo.

El asaltante que parecía llevar la dirección del asunto, sólo disparó una vez. El revólver tronó casi por sorpresa, ciertamente, desagradable. Tan

desagradable, como el plomo del 45 que se clavó en su pecho justo por delante del corazón, lo empujó violentamente hacia atrás en el asiento del pescante y luego, a impulsos del rebote, lo lanzó hacia adelante. Cayó por entre los dos caballos zagueros y, finalmente, quedó metido entre las cuatro patas.

Los caballos se inquietaron, pero el jinete que todavía no había disparado se hizo cargo de las bridas de los delanteros, de modo que la diligencia permaneció en el mismo sitio.

Mientras tanto, los asaltantes que habían aparecido por atrás habían asomado sus rostros..., y sus revólveres por las ventanillas.

—Señores —dijo uno de ellos—: les sugiero la conveniencia de apearse por un par de minutos. Va en bien de todos, y si obedecen, les aseguro que vamos a evitarnos mutuas molestias.

Los viajeros parecieron comprender perfectamente los deseos del educado asaltante. Sin vacilar ni un segundo se apearon del vehículo y se fueron alineando en el borde del camino, tal como habían oído en muchas ocasiones que solía hacerse cuando la diligencia era asaltada.

Por delante, los dos asaltantes, ya tranquilizados con respecto al peligro que pudiese provenir del pescante, se las estaban entendiendo con el conductor.

Y siempre el que llevaba la voz cantante dijo a éste:

—Muy bien, amigo... Ahora póngase en pie, salte al camino y reúnese con sus amables y simpáticos viajeros.

El conductor no esperó más palabras para obedecer. Saltó del pescante y, casi corriendo, se reunió con los asustados ocupantes de la diligencia, que permanecían con las manos en alto y mirando no poco asustados a los hombres armados que les mantenían inmóviles bajo amenaza.

El que no había disparado de los dos que habían aparecido por delante de la diligencia subió ágilmente al pescante. Alzó la tapa de madera sobre la cual, utilizando el relativamente mullido asiento de cuero, habían viajado el conductor y el guarda, y sacó del interior unas alforjas dobles de piel en las cuales se podía leer perfectamente: «U. S. Mail».

—Aquí están —dijo alzándolas.

—Muy bien —dijo el que había matado al guarda—. Tíralas al suelo, salta tú, recógelas y larguémonos de aquí.

Así lo hizo el que había encontrado tan fácilmente, el por otra parte, rutinario escondrijo de los envíos oficiales. Tiró las alforjas al suelo, saltó

junto a ellas, las recogió y, tras colocarlas en la grupa de su caballo, volvió a montar.

Los viajeros no parecían demasiado tranquilos. Posiblemente con absoluta lógica, no acababan de creer que aquellos hombres se conformasen con la posesión de la alforja del correo del Estado, cuando podían haber obtenido el dinero que cada uno de ellos llevaba encima.

Pero, desde luego, la cosa estaba ya decidida. Los asaltantes solamente querían las alforjas en las cuales podía leerse: «U. S. Mail».

Uno de los que habían aparecido por detrás de la diligencia quedó, siempre montado, delante de los viajeros. Mientras, el otro pasó a la parte delantera y tomó las bridas de los caballos. Tiró de ellas y la diligencia, gobernada de este modo por él, continuó su camino lentamente. También los dos que habían aparecido por delante se alejaron precediendo a la diligencia.

El último de los asaltantes, el que había quedado conteniendo a los viajeros, pareció mostrar una sonrisa en sus ojos, única parte visible de su rostro.

—Encontrarán la diligencia un par de millas o tres más adelante. No queremos causarles excesivas molestias. Pero me atrevo a aconsejarles que tampoco nos las ocasionen ustedes a nosotros. Dos o tres millas de caminar es muy sano, y de todos modos, cuando encuentren la diligencia, podrán llegar tranquilamente a Banquete. Es todo el contratiempo que van a sufrir: una hora de retraso. Buenas tardes, señores.

Los que llevaban la diligencia estaban ya bastante lejos. Y el jinete que había estado amenazando a los viajeros consideró que había llegado el momento de alejarse también. Lo hizo obligando a su caballo a recular hasta las próximas rocas. Entonces, con un hábil tirón de bridas, lo metió entre ellas, y ya convencido de que aunque los viajeros quisieran dispararle no podrían alcanzarle, lanzó su caballo al galope en pos de la diligencia y de sus compañeros de asalto.

Inmediatamente el conductor corrió hacia donde había quedado su compañero, el guarda de la diligencia. Por fortuna, los caballos no le habían pisoteado y además las ruedas de la diligencia habían pasado por los lados, dejando al hombre entre medio de ellas. Sin embargo, tanto los cascos de los caballos como las ruedas del vehículo poco daño podrían haber hecho a un cadáver.

Eso era todo.

Una diligencia que llevaba unas alforjas en cuyas tapas se leía: «U. S. Mail» había sido asaltada. Un guarda de diligencia de la Wells and Fargo

había sido muerto.

Eso era todo.

Poca cosa. Pero suficiente para que en muy poco tiempo cualquier *marshal* fuese encargado de recuperar aquellas alforjas y, por supuesto, como adición indiscutible, encontrar a los asesinos del guarda de la diligencia. Que eran los hombres que se habían llevado las alforjas del Gobierno, claro está.

CAPÍTULO I

Wesley Grover entró en el antedespacho del gobernador con el sombrero en las manos. Estaba recién afeitado, se había cepillado las ropas y no se veía sobre él, como era habitual, el antiestético revólver.

Heineman, el secretario del gobernador del Estado de Texas, alzó la cabeza, sonrió y dijo:

—Adelante, Grover. Le estaba esperando.

Wesley Grover medía seis pies de estatura, era ancho de hombros, fino de cintura y, a pesar de las pocas canas que había en sus sienes, evidenciaba todavía una considerable fortaleza física. Su edad podía calcularse alrededor de los cuarenta años, pero en sus oscuros ojos había una decisión que en modo alguno podía tener edad, dada su latente energía.

—¿Qué tal, Heineman? —saludó.

—Muy bien —sonrió Heineman—. Supongo que recibió el recado.

—Naturalmente —asintió Grover—. Por eso estoy aquí. ¿De qué se trata?

—Asaltaron una diligencia.

—¡Oh! ¿Eso es todo?

—Pues sí. Eso es todo Grover. ¿Le parece poca cosa?

—Ni poca ni mucha, Heineman.

Grover señaló hacia la puerta que daba al despacho del gobernador.

—¿Puedo pasar ya o tengo que esperar?

—No se trata de que tenga que esperar, Grover. Es que el gobernador no está.

—¿No está? —Wesley frunció el ceño—. Entonces, ¿por qué me ha hecho venir? Si él no está, podía haberme ahorrado el viaje.

—No, no —dijo Heineman—. Yo he quedado encargado de atenderle... si a usted no le parece mal, por supuesto.

Wesley Grover movió negativamente la cabeza.

—No me parece mal, desde luego. Bien, Heineman, diga lo que sea y buscaremos la manera de arreglar el asunto en cuestión.

Heineman pareció aceptar con agrado las palabras de Wesley Grover. Señaló uno de los dos sillones que tenía ante su mesa e invitó:

—¿No quiere sentarse, Wes?

—Gracias.

Wesley se sentó. Aceptó también el cigarro que le ofrecía Karl Heineman, lo encendió y, a través del humo miró con cierta expresión de socarronería al secretario del gobernador.

—Es un buen tabaco —comentó—. Supongo que el precio de este cigarro no será la vulgaridad de encontrar a los... vulgares asaltantes de una diligencia. ¿Me estoy equivocando en algo, Heineman?

Karl Heineman sonrió.

—Sí y no, Grover. Como siempre, usted sabe por anticipado que cuando se le llama la cosa tiene importancia.

—Digamos —sonrió también Grover— que la cosa tiene cierta relativa importancia.

—Bueno..., eso de relativo..., siempre es relativo... ¿No le parece?

Los dos hombres rieron.

Wesley continuó fumando. Heineman lo miraba en silencio, sin que al parecer tuviese intenciones de continuar conversando. Lo cierto era que le gustaba Wesley Grover. Era un hombre sereno, tranquilo, de apariencia viril, incluso agradable a los demás hombres, y, sobre todo, tenía un trato personal suave y amable que lo convertía en una persona cuya presencia era incluso deseada.

—¿Le gustaría buscar a los asaltantes de esa diligencia, Grover?

—¿Por qué no? Al fin y al cabo ésa es una de las misiones que suelen encomendarse a un *marshal* delegado por el gobernador. Claro está —se apresuró a añadir—: siempre y cuando lo robado en esa diligencia tenga algo que ver con el Estado o el Gobierno.

—En este caso, lo tiene —aceptó Heineman—. Se han llevado un par de alforjas que contenían unos cuantos Bonos del Gobierno y unos... siete mil dólares en efectivo.

—No parece gran cosa, ¿verdad? —comentó Grover.

—No. En efecto, no es gran cosa. Pero nosotros consideramos que tanto los Bonos del Gobierno como esos siete mil dólares deben ser recuperados. Y, como es natural, Wesley, no vamos a solicitar esa recuperación a cualquier sheriff o alguacil... o persona que defienda la Ley de un modo... digamos diferente al que suelen hacerlo los *marshals*.

—Ya entiendo, ya entiendo. ¿Dónde fue asaltada la diligencia?

—Cerca de un pueblecito llamado Banquete, en el condado de Nueces. En esa diligencia traían hacia Houston esos Bonos del Gobierno y los siete mil dólares.

—Bueno. ¿Qué hacían en esa diligencia los Bonos del Gobierno y el dinero? —inquirió interesado Wesley Grover.

—Bueno, es bastante sencillo de explicar, Wesley. Resulta que hace unos días supimos que había un individuo en México que decía poseer unos Bonos del Gobierno de los Estados Unidos. Ese individuo vivía en Laredo, en la parte mexicana, por supuesto. Lo cierto es que se ofreció a vendérmolos. Es decir, que el Gobierno podía recuperar tales Bonos; entonces nosotros enviamos allá a un delegado encargado de comprar esos Bonos.

—¿Hubo alguna, dificultad?

—Ninguna. Al contrario, todo fueron facilidades. El hombre que nos había comunicado que poseía esos Bonos del Gobierno se ofreció a vendérmolos. Claro está, siendo Bonos del Gobierno americano nosotros podíamos haber recurrido a otros procedimientos para recuperarlos que el de pagarlos. Pero nos pareció conveniente, puesto que se trata de un súbdito mexicano, comprar, pagar y aquí se acababa la cuestión.

—Muy bien. ¿Qué más?

—Pues, nada. Nuestro delegado compró esos Bonos y, puesto que se le encomendó una misión complementaria de menor importancia cerca de la frontera mexicana, decidió enviarnos a Houston los Bonos junto con el sobrante del dinero que se le había proporcionado para tal compra. El sobrante de este dinero son siete mil dólares. De manera que las alforjas que han sido robadas cerca del pueblecito llamado Banquete, en el condado de Nueces, contenían esos siete mil dólares y los Bonos del Gobierno recuperados por nuestro delegado.

—¿Total?

Karl Heineman frunció el ceño.

—¿Total qué, Wesley?

—Pregunto que cuál es el total si sumamos el importe de los Bonos del Gobierno y el del dinero en metálico que había en las alforjas.

—Setenta y cinco mil dólares.

Wesley Grover lanzó un suave silbidito, que evidenciaba su admiración.

—¡Setenta y cinco mil dólares! Vaya, no se puede decir que esté mal la cosa, ¿eh, Heineman?

—No, no está mal —admitió con un refunfuño, el secretario del gobernador—. Por eso, Wesley, el gobernador le mandó llamar. Pero cuando

tuvo que marcharse, me encargó a mí del asunto... Y me encargó también, sobre todo, que le pidiese a usted disculpas por no estar él presente.

—Bueno... Eso no tiene ninguna importancia, Heineman. Usted y yo hemos sido siempre buenos amigos. Dígame cuándo tengo que salir, prepáreme una vez más mi placa y mi nombramiento y eso es todo.

—Bueno... Eso no es todo, Wesley.

—¿No.? ¿Hay algo más que pueda resultar interesante?

—En primer lugar, como es natural, nosotros no hemos pagado a un mexicano todos esos dólares por unos Bonos del Gobierno norteamericano, para que unos vulgares asaltantes de diligencia se los queden. Por lo tanto, hay que recuperarlos. Además, mataron al guarda de la diligencia.

—Eso es más grave.

—Bastante más grave. La muerte de un hombre que, por el simple hecho de viajar en un vehículo que contiene documentos o valores gubernamentales está relacionado con el gobierno no puede quedar sin castigo.

—Exactamente.

—Pues bien, Wesley, se trata de eso. Tiene usted que encontrar esas alforjas que contienen los Bonos y el dinero restante. Y, claro está, encontrar y apresar, o matar al hombre u hombres que asesinaron al guarda de la diligencia.

—Muy bien. Pero, Heineman, a menos que yo esté envejeciendo demasiado rápidamente, creo que usted tiene algo más que decirme.

—Así es.

—Muy bien. Dígalo de una vez.

—Nosotros... Me refiero al señor Gobernador y yo, naturalmente, sabemos que usted, Wes, no necesita ayuda de ninguna clase.

—¿Y bien? —frunció el ceño Grover.

—El caso es que en Banquete está viviendo un hombre que en otros tiempos fue no poco efectivo como *marshal*. Un hombre más o menos como usted, Grover. Un hombre que supo llevar siempre a buen término todas cuantas misiones se le encomendaron, que supo pelear con el revólver y con la inteligencia. Un hombre honrado y recto, un hombre...

Wesley Grover dejó de mirar a Karl Heineman con el ceño fruncido para sonreír ampliamente.

—No diga más, Heineman. ¿Se está usted refiriendo acaso a Irving Kechtman?

El secretario del gobernador asintió, también sonriendo.

—En efecto. ¿Quizá le conoce usted, Wesley?

—¡Oh, vamos, Heineman, no pregunte tonterías!

—Es cierto —sonrió Heineman—. Sé perfectamente que usted conoce hace mucho tiempo a Irving Kechtman.

—Así es. ¿Está ahora él viviendo en Banquete?

Heineman asintió con la cabeza.

—Sí.

—¿Y me está usted quizá sugiriendo, Heineman, que vaya a ver a Kechtman?

—Bueno... Ya le digo que le considero a usted perfectamente capacitado para valerse por sí mismo, Grover, pero... Vaya, tratándose de Kechtman, quizá a usted le gustaría... En fin, ocurre que por las circunstancias del asalto a la diligencia hemos llegado a la conclusión de que los hombres que la asaltaron viven por allí. Parecían conocer perfectamente el terreno. No me refiero únicamente al lugar del asalto, que, como es natural, cualquier asaltante estudia con anticipación, sino a los alrededores, a la proximidad de Banquete. En fin, nosotros creemos que los hombres que mataron al guarda y se llevaron los Bonos y el dinero restante de la compra de éstos pueden muy bien ser habitantes de Banquete.

—Y entonces —casi rió Wesley Grover— usted me sugiere que yo vaya a pedir... digamos la opinión de Irving Kechtman. ¿No es así, Heineman?

—En definitiva, Wesley, así es.

—¿Y teme que eso me moleste?

—Pues, en parte, sí lo temía, Grover. Usted es un hombre... un poco orgulloso.

—¡Orgulloso! —rió Wesley Grover; luego quedó un poco pensativo—. Es cierto, soy un poco orgulloso. Pero no hasta el punto de desdeñar la opinión de Irving Kechtman, uno de los mejores *marshals* que ha habido jamás. Pero hay otra cosa todavía más importante, Heineman.

—¿Sí?

—Sí.

—Y bien. ¿Cuál es, Grover?

Wesley Grover se puso en pie. Miró deleitosamente el aromático cigarro que estaba fumando y dijo:

—Que jamás, por nada del mundo, perdería la oportunidad de saludar al mejor amigo que he tenido jamás. Y ese amigo, Heineman, se llama, ni más ni menos, que Irving Kechtman. Prepáreme la placa y el nombramiento. Mientras tanto, yo iré a limpiar mi revólver, recoger algunas cosas y ensillar

mi caballo. Estaré aquí dentro de... Pongamos un par de horas, Heineman, para no atosigarlo. Hasta entonces.

Y Wesley Grover, al parecer realmente, profundamente satisfecho, salió del antedespacho del gobernador de Texas.

CAPÍTULO II

A los cuarenta y cinco años, Irving Kechtman, con su grisácea cabellera y sus anchísimos hombros, producía una gran sensación de vigor y virilidad, que quedaba definitivamente apoyada por la firme línea de su mandíbula y la directa mirada de sus ojos gris-claro.

Aquel día, Irving Kechtman apareció en Banquete por la parte norte de la calle Mayor, montado en su calesín. Éste iba tirado por un solo caballo, negro y lustroso, tan cuidado como todo cuanto concernía a Irving Kechtman. Eso lo sabían todos los habitantes de Banquete, y ya se habían acostumbrado. Sabían que, en cualquier momento y situación, Irving Kechtman era el hombre que conservaba su apostura, su seguridad en sí mismo, incluso, en ciertas ocasiones, un orgullo considerable.

Junto a Irving Kechtman, sentada también en el ligero asiento del calesín, iba Gladys Foster. Gladys Foster debía tener unos treinta años. Era rubia, esbelta, de grandes ojos oscuros y, a pesar de esos mencionados treinta años, todavía se veía en sus ojos un clarísimo y cálido destello de juventud.

Kechtman condujo el calesín por el centro de la calle, como siempre, recibiendo y devolviendo saludos de todas cuantas personas se cruzaban con él y Gladys. La muchacha se limitaba a sonreír levemente de cuando en cuando.

Y así, los dos juntos llegaron, por fin, ante el lugar elegido de antemano: el mejor y más surtido bazar de Banquete.

Irving Kechtman desmontó, se volvió hacia el asiento y ayudó a Gladys Foster a apearse. La dejó en la acera de tablas y sonrió.

—Bien. Ya estamos aquí, Gladys. Espero que solucionemos definitivamente esas... pequeñas compras que, al parecer, es lo único que está retrasando... lo que tanto esperamos ambos.

Gladys Foster sonrió.

—Desde luego, Irving. Espero que hoy acabaré con todos mis preparativos, es decir, con las últimas compras para finalizar ya mis preparativos.

Kechtman asintió con la cabeza, sonriendo.

—Eso está bien —dijo—. ¿Te parece que entre contigo, o quizá prefieres hacer las compras tú sola, para luego sorprenderme?

Gladys Foster casi se sonrojó.

—Creo..., creo que lo que voy a comprar no precisa de tu compañía ni de tu consejo, Irving.

—De acuerdo —casi rió Kechtman—. Entra ahí y yo te esperaré pacientemente...

De pronto, Irving Kechtman quedó silencioso. Su boca había quedado a medio abrir y Gladys vio en ella perfectamente el claro gesto de estupefacción.

—¿Qué pasa, Irving?

—Por el amor del cielo —susurró Irving Kechtman—. Supongo que no es cierto lo que están viendo mis ojos.

Gladys miró hacia donde estaba mirando Kechtman. Y todo lo que vio fue un jinete que, como poco antes ellos, estaba entrando en Banquete por la punta norte de la calle Mayor. Estaba ya muy cerca de ellos, y su atención estaba dirigida alternativamente a los lados de la calle. Parecía buscar algo. Y dado su aspecto polvoriento, claro indicio de un largo viaje, era fácil comprender que el forastero buscaba un hotel.

—¿Te refieres al jinete, Irving?

—Me estoy refiriendo exactamente a ese jinete, Gladys. No te muevas de aquí.

Kechtman dejó a Gladys junto al calesín y caminó rápidamente por la acera de tablas hasta que llegó a la altura del jinete, que llevaba su caballo al paso, lentamente.

Y, de pronto, Kechtman alzó los brazos y aulló:

—¡Wes! ¡Wes Grover!

El jinete detuvo al instante su cabalgadura y su cabeza se volvió velozmente hacia el punto donde había sonado su nombre. Enseguida, una amplísima sonrisa de alegría apareció en su curtido rostro de líneas secas y duras.

Sin decir nada desmontó, con sorprendente agilidad, teniendo en cuenta no sólo el evidente cansancio entrevisto anteriormente, sino su edad, muy aproximada a la del propio Irving Kechtman.

Éste había saltado el atamulas ante el cual se había detenido, y sus espuelas tintinearón cuando cayó sobre el polvo. El otro, el llamado Wes

Grover, se acercó hasta él y se detuvo cuando ambos hombres estaban frente a frente y separados por un solo paso.

Todavía no dijo nada. Se limitó a tender su mano derecha e Irving Kechtman la estrechó fuertemente, calurosamente, mientras su brazo izquierdo se posaba sobre el hombro del forastero, el cual había hecho exactamente lo mismo.

—Irving Kechtman —musitó Grover—. Esto sí que es tener una regia llegada a Banquete.

—¡Por todos los demonios! —deslizó alegremente Kechtman—. ¿Puedo estar completamente seguro de que eres tú, Wes?

—Puedes estar completamente seguro. A menos que tu vista haya perdido mucho, Irving.

—Mi vista sigue siendo excelente —volvió a reír Kechtman—. Dime, ¿qué es lo que te trae por aquí?

Wes Grover encogió los hombros.

—Es un poco largo de contar. ¿Cómo van tus cosas Irving?

—Maravillosamente. Ven, quiero presentarte a una persona que está contribuyendo no poco a eso.

Tomo de un brazo a Wes Grover y medio lo arrastró hacia el porche en el cual estaba esperando Gladys Foster.

—Wes —presentó—; ella es Gladys, mi futura esposa. Gladys, éste es Wes Grover.

Gladys sonrió. Wes se había quitado el sombrero y había efectuado una ligera y muy correcta inclinación de cabeza. Miraba con interés a la mujer, y su sonrisa se amplió cuando ella dijo:

—Encantada de conocerle, Wes. Le aseguro que estaba verdaderamente intrigada por saber cómo era usted. Irving acostumbra a mencionarlo muy a menudo.

—Eso es que se acuerda de los buenos tiempos que pasamos juntos —apuntó Grover.

—Seguramente —admitió Gladys—. ¿Acaso Irving le ha avisado ya para que asistiese a la boda?

—Pues... No. Al menos no he recibido hasta ahora ninguna noticia al respecto —Wes miró a Kechtman—. ¿Qué pasa? ¿No pensabas avisarme?

—Bueno —sonrió Kechtman—. Lo cierto es que no quería que conocieses con demasiada anticipación a Gladys. No me gustaría quedarme sin novia a mi edad y a estas alturas, Wes.

—No creo ser tan terrible.

—Bueno... Más o menos. Wes, casi no puedo creer que te esté viendo. ¿Cuántos años han pasado? ¿Siete? ¿Ocho? La verdad es que no lo recuerdo exactamente.

Wes Grover asintió con la cabeza.

—Yo sí lo recuerdo, Irving. Hace diez años que no nos vemos. Ya sabes...: Voy siempre rodando de un lado a otro. Y aunque parezca mentira, en todo este tiempo no he tenido la oportunidad de acercarme a Banquete.

—Bueno, bueno, no te disculpes. Sabes que no tienes que disculparte. De todos modos, y puesto que soy un hombre estúpidamente feliz, te perdono. ¿No te parece maravillosa, Wes?

Kechtman había señalado a Gladys con la barbilla al hacer la pregunta. Y Wes Grover volvió a asentir con la cabeza.

—Pues sí —sonrió—. Ciertamente, tu futura esposa es maravillosa.

—Tiene doce años menos que yo —notificó Irving Kechtman—. O sea, treinta y tres años. Eso es una gran fortuna para mí, Wes, porque a esta edad Gladys parece temer que vaya a quedarse soltera, y entonces, cuando la pedí en matrimonio, se apresuró a aceptarme. Cualquier cosa antes que quedarse soltera. ¿No es así, Gladys?

Gladys Foster no contestó. Miraba alternativamente de un hombre a otro, sonriendo. Los dos le gustaban. Eran de esa clase de hombres ceñudos y generalmente silenciosos que, cuando realmente ponen en juego su amistad o su cariño, éste sobrepasa otra cosa.

Por su parte, Wes Grover comprendió perfectamente, al ver cómo Gladys Foster miraba a Kechtman, que la mujer no se iba a casar con éste porque temiese quedarse soltera. Ni mucho menos. Por el contrario, parecía más bien que Gladys Foster considerase algo realmente increíble y maravilloso para ella el poder convertirse en breve en la esposa de Irving Kechtman.

Pero Gladys dijo:

—En efecto. Me sentía tan vieja y tan solterona que cuando Irving me pidió que me casase con él no lo pensé ni un segundo. Es cierto que es un hombre viejo y acabado, pero... ¡Qué le vamos a hacer!

Los tres se echaron a reír. Porque, si algo era evidente allí, era que Irving Kechtman podía ser cualquier cosa menos viejo o acabado.

Y estaba todavía riendo cuando aparecieron los jinetes por el sur del pueblo.

Eran cuatro y llegaban a todo galope, lanzando fortísimos aullidos y subiendo a caballo por las aceras y los porches, llenándolo todo de polvo y derribando cualquier cosa que se pusiese ante ellos.

Se reunían otra vez en el centro de la calzada, llenándolo todo nuevamente de remolinos de polvo, y otra vez volvían hacia las aceras.

Wes Grover frunció el ceño. Miró a Irving Kechtman dispuesto a hacer un comentario sobre aquellos cuatro jinetes, y entonces vio la dura mueca de Kechtman y la ligera palidez que había decolorado sus facciones.

—¿Ocurre algo, Irving? —susurró Grover.

—Nada de particular. Creo... Creo que es lo mismo de siempre. ¿No es cierto, Gladys?

Gladys no contestó. Inclino la cabeza y permaneció en silencio, sin mirar a ningún lado:

Los jinetes, mientras tanto, seguían lanzando sus caballos hacia las aceras y los porches y alzando grandes remolinos de polvo en la calzada.

Wes Grover comentó:

—A esos muchachos habría que darles una pequeña lección. ¿No te parece, Irving?

—La merecen.

Fue una respuesta seca, que sorprendió un poco a Wesley Grover. Pero decidió no tomarla en consideración ni sentirse intrigado.

Más allá, uno de los jinetes había sacado su revólver, finalmente, y estaba disparando contra los adornos superiores de la fachada de un saloon.

—Me gustaría —suspiró Wes Grover— tener el suficiente humor para ir a darle su merecido a ese niño tonto.

Kechtman lo miró de reojo.

—¿No lo recuerdas?

—No recuerdo... ¿a quién, Irving? ¿A quién te estás refiriendo?

—A ese muchacho. A ese que te gustaría darle su merecido.

—Pues... No. No lo recuerdo. ¿Debería recordarlo, quizá?

—Es Aldo.

Grover se mordió los labios. Miró hacia el muchacho, que ya había agotado la carga de su revólver y parecía dispuesto a calmarse un poco, y de nuevo al viejo y querido amigo Irving Kechtman. Entonces comprendió el duro gesto de éste, sus secas palabras, y también la leve palidez que antes había notado en su rostro.

—¿Tu hijo? —susurró.

—Sí.

—Bien... Cierto es que no lo recordaba. De todos modos, Irving, sea o no sea ese muchacho el pequeño Aldo, merecería una buena lección.

—Lo sé.

—Bien... Creo que debemos tener un poco de tolerancia... quizá.

Irving Kechtman no contestó. En aquel momento, los cuatro jinetes, aparentemente calmados, pasaban por delante del grupo formado por Gladys Foster y los dos viejos y buenos amigos.

Los cuatro jinetes eran muy jóvenes y parecían tomárselo todo como una pura diversión, y, sin duda, el más joven de ellos era el que había estado disparando su revólver. Los tres algo más mayores dirigieron una breve mirada no exenta de cierta ironía a Irving Kechtman. Pero su hijo, Aldo Kechtman, saludó alegremente al pasar cerca de allí.

—Hola, papá. ¿Todo va bien? Me alegro. Hasta la vista.

Y se quitó el sombrero para hacer una burlona reverencia desde su caballo, con los ojos fijos en Gladys Foster.

Luego, continuando con aquella divertida broma y su juerga, los cuatro jinetes cabalgaron una corta distancia, hasta detenerse por fin ante el mejor y más grande saloon de Banquete.

Grover fue quien miró ahora de reojo a Kechtman. Pero cuando iba a decir algo vio aparecer al quinto jinete. Éste llegaba mucho más reposadamente, al trote corto. Era un indio. Y Grover entendía de indios lo bastante para saber que aquél era un apache. Un apache ya viejo y arrugado, vestido con pantalones oscuros, una camisa roja y una cinta amarilla en la cabeza que sujetaba sus negros y lacios cabellos. La mirada del indio se desvió hacia Irving Kechtman cuando pasó por allí y hubo en la expresión del apache lo que parecía una sonrisa y un saludo amistoso. Luego continuó hacia adelante, detuvo su caballo donde lo habían dejado los cuatro muchachos alborotadores, desmontó y entró en el saloon.

—¿Quién es ése? —preguntó Grover.

—Luna Llena.

—¿Quién?

—Luna Llena. Un apache que hace tiempo está con nosotros. Con mi hijo y conmigo, se entiende. Adora al muchacho, lo sigue a todas partes... Creo que a veces se le puede confundir con un perro hambriento, dada su fidelidad hacia mi hijo.

—Bueno... La fidelidad no es una cualidad precisamente mala, Irving.

—Ya lo sé. Supongo que acabas de llegar hoy mismo a Banquete, Wes.

—Desde luego. ¿No te parece evidente?

—Lo parece. Pero tú eres capaz de haber llegado hace dos días y venir ahora de hacer determinadas visitas o gestiones... ¿No es así?

—Así es —sonrió Grover—. Pero lo cierto es que acabo de llegar a Banquete... ¿Qué hotel me recomiendas?

Irving Kechtman sonrió de nuevo, por fin.

—Sólo hay uno, pero no te preocupes. Mi casa es tuya, Nada de hoteles, Wes.

—No te molestes, Irving. Pero prefiero el hotel.

—Ya veo —Irving Kechtman entornó los ojos—. No has venido como particular. ¿No es cierto, Wes?

—No. No he venido como particular.

—Ya... ¿De qué se trata?

Wesley Grover encogió los hombros.

—Nada extraordinario ni importante.

—¡Oh! ¿De veras? De modo que ahora encargan a Wesley Grover asuntos que no son ni extraordinarios ni importantes. Vamos, vamos, Wes...

—Es cierto —sonrió Grover.

—¿Has perdido categoría? —rió Kechtman.

—Es posible.

—¿De veras no quieres alojarte en mi rancho, Wes?

—No es que no quiera. Tú ya me comprendes, Irving.

—Es cierto —Irving Kechtman apoyó una mano en un hombro de Gladys, suavemente—. Creo que sería bueno que entrases a hacer tus compras, Gladys. Si te parece, mientras tanto, yo llevaré a Wes al hotel.

—Como tú digas, Irving.

—Eso está bien —sonrió Kechtman—. Lo que yo diga es lo que debe hacerse.

De nuevo rieron los tres.

Gladys miró a Wesley Grover y musitó:

—Me alegra haberle conocido, señor Grover. Espero que, tal como desea Irving, asistirá usted a nuestra boda.

—No me perdería ese espectáculo por nada del mundo —sonrió Wes.

—Entonces nos veremos pronto.

—Desde luego.

Gladys Foster los obsequió con una última sonrisa, dio la vuelta y entró en el bazar.

Entonces, Irving Kechtman pasó un brazo por los hombros de Grover y dijo:

—Muy bien. Vamos allá. Conseguiré que te den la mejor habitación.

* * *

El dueño del bazar, Joe Tolger, era un hombre muy amable. Muy amable y muy gordo, muy calvo y con unos grandes bigotes negros que colgaban hacia su descomunal papada. Había ayudado a Gladys a colocar los paquetes en los asientos traseros del calesín, y hecho esto, sugirió:

—Si le parece, señorita Foster, iré a avisar al señor Kechtman al hotel de que usted ya está lista.

—Es muy amable, señor Tolger, gracias. Pero dígame que yo tengo prisa y si...

Una voz interrumpió entonces a Gladys.

—Será mejor que no se meta donde no le llaman, Tolger. Por lo tanto, de vuelta a su asqueroso y enorme trasero y regrese a su pocilga.

Joe Tolger se volvió y palideció. Ante él estaban los mismos cuatro muchachos que antes habían estado alborotando en la calle. Los conocía muy bien. Lo bastante bien para saber qué era lo que más le convenía hacer.

Y puesto que Aldo Kechtman, a fin de cuentas, era hijo de Irving Kechtman, la cuestión la arreglarían ellos solos.

De modo que Tolger se apresuró a desaparecer en el interior de su tienda.

Gladys se había vuelto también hacia los muchachos, pero toda su atención estaba centrada en Aldo. Parecía talmente, dada su expresión, que los otros tres ni siquiera existían.

Aldo se quitó el sombrero y se acercó lentamente a Gladys. Cuando estuvo ante ella hizo una gran inclinación, moviendo el sombrero como si fuese un chambergo.

—A los pies de usted..., mamá.

Gladys palideció y se mordió los labios.

—No seas... estúpido, Aldo —musitó.

El muchacho, que se había quedado versallescamente inclinado, se enderezó y miró burlonamente a la mujer.

—¿Estúpido? ¿Estás llamando estúpido a tu futuro y querido hijito..., mamá?

Los tres acompañantes de Aldo Kechtman soltaron una risotada. Iban tan desgreñados y sucios como el propio Aldo, y aunque pocos años mayores que éste, tenían en sus rostros cierta expresión de salvaje juventud.

Se llamaban Wilbur Barley, Uriah Campbell y Ricky Wilson. Eran tres muchachos fuertes, de aspecto decidido y cada uno de ellos iba armado con

un revólver, con evidente satisfacción por poder lucirlo y pasearlo de un lado a otro.

Gladys Foster decidió continuar prescindiendo de ellos.

—¡Es mejor que regreses a tus diversiones antes de que venga tu padre, Aldo! —susurró.

—¡Oh! Ya sé... Hay que tenerle un gran miedo a mi padre. ¿No es eso..., mamá?

De nuevo volvieron a reír los amigotes del muchacho. Pero de nuevo Gladys Foster los ignoró. Los ignoraba con una actitud tan altiva que comenzó a causarles irritación.

—Por supuesto, Aldo, tu padre es formidable. ¿No opinas así?

—¡Oh, sí! Desde luego que mi padre es formidable. Todos opinamos que mi padre es formidable. ¿No es cierto, muchachos?

Barley, Wilson y Campbell asintieron enérgicamente. Quizá con excesiva energía.

—Está bien ya, Aldo —suplicó Gladys—. Ahora te ruego que no des lugar a que tu padre se enfade contigo.

—Eres muy amable..., mamá —rió el muchacho—. Pero creo que ya pasé de la edad en que papá puede enfadarse conmigo.

—Por favor, Aldo.

—¡Oh..., pero si no va a pasar nada! Solamente quiero ayudarte a cargar los paquetes que contienen lindas cositas para tu boda..., mamá:

—Ya están cargados.

—Bueno. En ese caso te ayudaré a ti a subir al calesín.

Aldo Kechtman adelantó hacia Gladys Foster y la tomó de un brazo. Los amigos del muchacho comenzaron a reír de nuevo. La situación les parecía verdaderamente divertida.

* * *

Wesley Grover se miró al espejo y movió la cabeza afirmativamente, como satisfecho del pequeño pero aliviador cambio que había experimentado. Se había lavado y afeitado, sustituido la camisa sucia por una limpia y sus cabellos estaban frescos y recién peinados. Se volvió hacia Irving Kechtman, que lo miraba cómodamente sentado en un sillón y dijo:

—Y eso es todo, Irving.

—No te quejes —comentó Kechtman—. Creí que sería algo menos importante. Por la manera en que hablaste antes en la calle cuando estábamos

con Gladys, me pareció que se trataba de un asunto de poca importancia.

—Bueno, no pretenderás que este asunto tenga demasiada —dijo Wesley Grover—. Al fin y al cabo es simplemente solucionar un pequeño atraco a la propiedad del Gobierno.

—Siempre fuiste un tipo divertido —sonrió Kechtman—. Me encanta tu sentido del humor. Unos hombres asaltan una diligencia, matan al guarda, se llevan setenta y cinco mil dólares en Bonos del Gobierno y cierta parte en metálico y dices que la cosa no es excesivamente importante.

Wesley Grover encogió los hombros, gesto que parecía muy habitual en él.

—Tú y yo hemos hecho cosas más importantes, Irving.

—Así es —asintió Kechtman—. Pero los tiempos cambian. Parece que la gente se va convenciendo de que la civilización puede resultar agradable. Y aparte, se procura mucho no molestar al Gobierno hasta el extremo de que deba intervenir un *marshal*. Se puede decir, Wes, que hicimos una labor... discretamente importante.

—Hicimos una buena labor —sonrió Wes—. Pero todavía tenemos mucho trabajo por delante. Bien, ya te he contado a qué he venido. Ahora se trata de que, puesto que tú llevas mucho tiempo en Banquete, me orientes en ciertos aspectos de la cuestión.

—Por supuesto. Cuenta conmigo absolutamente para todo, Wes.

—Ya sabía eso —sonrió Grover—. Es estupendo llegar a un sitio y encontrarse con un amigo que le ofrece la casa, la ayuda...: y el revólver. ¿O no me ofreces tu revólver, Irving?

—También, también —rió Kechtman—. Aunque hace tiempo que no me complico la vida tirando de culata quizá sería... divertido comprobar si todavía sé hacerlo.

Sonrieron los dos. Estaban a gusto uno al lado del otro. Hacía muchos años que se conocían y en más de una ocasión habían tenido que cabalgar juntos y resolver problemas y situaciones más complicadas y peligrosas que el que actualmente tenía movilizado a Wesley Grover.

Éste se había acercado a la ventana anudándose al cuello la negra y delgada corbata, sobre la camisa blanca.

Como al descuido miró por la ventana, y quedó silencioso e inmóvil contemplando con contenido interés algo que estaba sucediendo en la calle. No se alteró.

Simplemente se volvió hacia Kechtman, continuando con el arreglo de su corbata, y dijo:

—Sería mejor que te fueses ya, Irving.

Kechtman movió una mano en el aire.

—No hay prisa, Gladys tardará todavía bastante en acabar sus compras.

—Ya ha terminado...

Irving Kechtman frunció el ceño, Era cierto que conocía a su amigo Wesley Grover. Por eso, sin decir palabra, se levantó, fue hacia la ventana y miró exactamente hacia él mismo lugar en el que poco antes sabía había estado fija la mirada de Wes.

Se volvió con absoluta serenidad y dijo:

—Es cierto, ya ha terminado. Hasta la vista, Wes. Espero verte pronto por mi rancho si no vuelvo yo por aquí antes.

—De acuerdo, Irving.

Kechtman fue hacia la puerta, la abrió y se volvió.

—Y no olvides qué tienes que contar conmigo absolutamente para todo.

—No lo olvidaré.

Irving Kechtman asintió con la cabeza, salió de la habitación y cerró la puerta.

CAPÍTULO III

Aldo Kechtman estaba con ambos brazos alrededor de la cintura de Gladys Foster insistiendo en ayudarla a subir al calesín..., o en abrazarla, cuando oyó la voz de su padre.

—Aldo.

El muchacho soltó inmediatamente a Gladys y se volvió como una centella hacia su padre.

—¿Qué hay, papá? —sonrió—. Llegas a tiempo de ver cómo tu hijo es amable y cariñoso con su futura mamá. Precisamente estaba diciéndole a Gladys que la iba a ayudar a subir al calesín.

—No te molestes. Yo la ayudaré.

—Como quieras.

Kechtman subió al porche, dio la mano a Gladys Foster y la ayudó a sentarse al pescante. Subió él, quedando a su lado, y tomó las riendas.

Entonces miró a su hijo ya los tres amigos de éste. Todos sin excepción sintieron una sensación realmente helada y desagradable cuando la gris mirada de Irving Kechtman fue pasando por ellos.

—La próxima vez, Aldo, tú y tus amigos lo vais a lamentar. Espero que me hayas comprendido.

—Sí, papá —sonrió el muchacho—. Mis amigos y yo no somos duros de oído.

—Eso parece. Pero opino que sois muy duros de entendederas, Aldo. ¿Supongo que no debo esperarte para comer?

—Pues... Es posible que vaya... y es posible que no vaya, papá.

—Ya entiendo. De acuerdo, haz lo que gustes. Pero, sobre todo, no olvidéis lo que, acabo de deciros.

Irving Kechtman movió las riendas y el caballo que tiraba del calesín se puso en movimiento. Poco después salía del pueblo. Sólo entonces Irving Kechtman miró a Gladys y susurró:

—Lo siento, Gladys.

—No te preocupes —dijo la mujer—. Yo comprendo a tu hijo, Irving.

—¿Lo comprendes? ¿Qué es lo que hay que comprender de ese muchacho?

—Bueno... No sé...

—Naturalmente que no lo sabes. No tiene ni motivos ni derecho... Sobre todo derecho a intervenir en lo que yo decida sobre mi vida futura. Porque, supongo que es lo bastante inteligente para comprender que un hombre de mi edad todavía puede tomar decisiones que aclaren y alegren un poco su futuro.

—Aldo es muy joven, Irving.

—Bueno... ¿Acaso soy yo un anciano que está con un pie en la fosa?

—No he querido decir eso.

—Ya lo sé —gruñó Kechtman—. Sé perfectamente lo que quieres decir. Pero a mí no me importa en absoluto que mi hijo pueda comprender a un hombre de cuarenta y cinco años. Si no le gusta lo que pienso hacer, sólo tiene una solución. Marcharse.

—No hables así, por favor.

—Está bien —musitó Kechtman—. Vamos a dar por terminado este asunto... siempre y cuando no se repita lo de hoy.

CAPÍTULO IV

Wesley Grover entró en el saloon. Echó un vistazo a su alrededor, localizó lo que le interesaba y entonces se dirigió hacia el mostrador. Pidió un whisky, esperó a que se lo sirviesen, paladeó un par de tragos y entonces, dejando el vaso sobre el mostrador, se acercó a la mesa en la cual había localizado lo que le interesaba.

En esa mesa, jugando aburridamente al póquer, estaban Aldo Kechtman, Uriah Campbell, Ricky Wilson y Wilbur Barley. Un poco más allá, cerca de la espalda de Aldo Kechtman, estaba el apache llamado Luna Llena, cuya mirada se dirigió inmediatamente hacia Wesley Grover cuando éste se detuvo a un lado de Aldo.

—¿Qué tal, Aldo? —saludó el *marshal*.

Aldo Kechtman volvió la cabeza, miró hoscamente al hombre que le había saludado y luego su mirada lo recorrió de arriba abajo.

—Muy bien —notificó—. ¿Quién demonios es usted?

—No creo que me recuerdes. Pero quizá sí recuerdes mi nombre.

—Bueno. Veamos qué nombre es ése.

—Wesley Grover.

Los ojos de Aldo Kechtman se abrieron mucho. Pero no expresaban solamente asombro, sino burla.

—¡Oh! ¡Ya sé, ya sé! El gran amigo de mi padre, ¿eh?

—Y tuyo, Aldo.

Ahora sí hubo realmente una expresión de auténtico asombro en los ojos del muchacho.

—¿Amigo mío?

—Si no te opones —sonrió Grover—. Por lo menos éramos amigos hace unos cuantos años.

—Bueno... Es posible que fuésemos amigos hace unos cuantos años, señor Grover. Pero creo que... hace demasiados años de eso.

—El tiempo no tiene importancia para una buena amistad —continuó sonriendo Grover—. Por lo menos no lo ha tenido para tu padre y para mí.

—Mi padre tiene un modo muy especial de ver las cosas y considerar sus amistades y..., y demás afectos, señor Grover. Por lo que a mí respecta, le diré que actualmente soy yo quien selecciona mis amistades. Mi padre no tiene absolutamente nada que ver en ello.

Wesley Grover asintió con la cabeza. Su mirada recorrió el grupo de muchachos que rodeaban la mesa. Por fin, regresó, quizá un poco más dura, a los ojos de Aldo Kechtman, que continuaba mirándole, con cierta irritación ahora.

—Ya veo... De modo que eres ya tan hombre que seleccionas tú sólo tus amistades.

—Así es, señor Grover. Tengo ya veinte años. Creo que ésta es una buena edad para que un hombre sepa buscar sus amigos.

—En efecto —asintió Grover—. Es una estupenda edad para que un hombre sepa buscar y seleccionar sus amigos. Sólo que... Bueno, Aldo, te diré que tu padre supo buscarlos y seleccionarlos mucho mejores que los que tú tienes.

Uriah Campbell se puso en pie de un salto, derribando la silla.

—¡Oiga, usted...! —gruñó.

Había adelantado una mano y sus dedos crispados parecieron a punto de agarrar a Wesley Grover por las solapas de la cazadora. Pero con una rapidez de reacción que sorprendió a todos, el hombre con modales pacíficos hundió su puño derecho en el estómago de Campbell. El izquierdo se clavó inmediatamente con terrible dureza en el costado. Y antes de que todavía nadie hubiese podido intervenir directamente en el asunto, un derechazo en plena barbilla derribó a Uriah Campbell de espaldas, resbalando por el piso, chocando con algunas sillas y otra mesa, que derribó.

Fue un procedimiento quizá demasiado expeditivo por parte de Wesley Grover, pero, realmente, si algo había que interesase probar desde el primer momento, era que él no había ido allí a jugar.

Tampoco parecía que Aldo Kechtman tuviese ganas de juego.

Había sacado su revólver rápidamente, mientras Wesley golpeaba a su amigo Uriah Campbell. Y cuando el *marshal* quiso volverse hacia Aldo, el revólver de éste se apoyó en la espalda del *marshal*.

—¿Qué tal si le meto una bala en el pescuezo, señor Grover? —gruñó el muchacho.

Wesley no se alteró.

—Eso me parecería muy mal, Aldo. Y también lo sentiría por ti. Te ibas a meter en un lío bastante gordo. Por si no recuerdas cuál era la actividad a que

tu padre y yo nos dedicábamos, voy a recordártela: soy un *marshal*.

—Vaya. Esto sí que es divertido. Pero si no lo entiendo mal, señor Grover, los *marshals* no tienen un nombramiento..., continuo, permanente, sino que son nombrados en determinadas circunstancias y sólo para determinadas misiones.

—Muy bien —sonrió Wesley—. Veo que sabes perfectamente lo que es un *marshal*. Y voy a decirte algo: esas determinadas circunstancias están concurriendo ahora. De manera que si me permites volverme hacia ti y desabrocharme la cazadora, podré mostrarte mi placa prendida en la camisa.

—No se moleste tanto por mí —rió Aldo.

Wesley Grover se volvió, sin hacer caso a la mayor presión que Aldo efectuó con su revólver en la espalda, como queriendo impedirle que lo hiciera.

Se quedó mirando al hijo de su amigo y ordenó:

—Guarda el revólver.

—Oblígueme —rió Aldo—. Vamos, oblígueme... ¿No es usted un valerosísimo y eficazísimo *marshal*? Mi padre siempre me ha dicho que Wesley Grover era un hombre realmente duro y peligroso... ¡Vamos, demuéstremelo...!

—No seas tonto, muchacho —recomendó Grover—. No hagamos de esto ninguna cuestión personal. Simplemente he venido a saludarte y a ver qué clase de amigos y distracciones te habías procurado. Pero no pienso llegar más allá. Ése es todo mi interés por ti, Aldo. Saludarte, comprobar si tenías algún recuerdo de mí, de Wesley Grover, el gran amigo de tu padre que te conoció de niño... Eso es todo, Aldo. Ahora, guarda el revólver y todo habrá terminado bien. Si mi compañía o mi amistad no te interesa, no te preocupes. Tampoco a mí la tuya, por mucho que quiera a tu padre... y por mucho que él me quiera a mí. Los dos sabemos muy bien prescindir de ti, Aldo.

Aldo Kechtman ladeó la cabeza y entornó los ojos.

—¿Qué quiere decir? —susurró.

—Quiero decir, simplemente, que por lo que he visto desde la ventana de mi hotel, hay algo que pronto va a ocurrir en la vida de tu padre que no es de tu agrado. A tal respecto, y sin ánimo de darte consejos, te diré que tu padre a ti no te necesita para nada. En cambio, tú a él...

—¡Tampoco lo necesito para nada! —casi gritó Aldo.

—Es posible —sonrió suavemente Grover—. Es posible, ciertamente... Pero, en cambio, es completamente seguro que Irving Kechtman no necesita para nada un hijo como tú. Eso es todo.

—Me parece que usted habla demasiado, señor Grover.

—No me lo tengas en cuenta. Es solamente por la amistad que me une con tu padre. Si en lugar de ser el hijo de Irving Kechtman, fueses cualquier otro, ya te habría dado tu merecido cuando entraste en el pueblo asustando a la gente con tu caballo y tu revólver.

—Bueno... Ahora tiene usted una ocasión de demostrar de lo que es capaz, señor Grover. Tengo un revólver en la mano. Veamos cómo solucionar esto.

—Lo voy a solucionar de la manera mejor para ambos, Aldo. O sea, marchándome. Adiós.

Wesley Grover se dispuso a dar la vuelta. La inició. Pero ni siquiera había descrito la cuarta parte, cuando Aldo Kechtman le agarró por un brazo y le obligó a volverse violentamente.

Tan violentamente, que en realidad Wesley Grover encontró muy simplificada su acción. Con el mismo impulso de la vuelta, apartó hacia un lado la mano armada de Aldo y su puño derecho se hundió en el estómago del muchacho con tal fuerza que éste se dobló sobre sí mismo, y hubiese caído de no sostenerlo el mismo puño de Wesley Grover.

Pero éste lo apartó inmediatamente, dejando que el muchacho cayese al suelo, encogido, sin respiración, mientras su mano izquierda se había apoderado del revólver con el que le había estado amenazando Aldo.

Todo de un solo golpe y con tal rapidez que Uriah Campbell, ya recuperado y reunido con sus amigos Wilbur Barley y Ricky Wilson, ni siquiera tuvieron tiempo de reaccionar, pues el revólver del propio Aldo les estaba apuntando.

—Muchachos —dijo secamente Grover—, me parece que ustedes son de esos tipos que se complican la vida porque lo deben considerar distraído. Les aseguro que no lo es. Y como no quiero demostrarles que además de pegar sé disparar, estense quietos ahora. ¿Correcto?

Nadie respondió. Pero tampoco nadie se movió. Wesley se inclinó sobre Aldo. Lo agarró con una sola mano, la derecha, por la camisa y la cazadora, lo alzó y lo sentó rudamente en la silla que había estado ocupando.

—Y ahora —gruñó— escúchame bien, Aldo...

No pudo seguir hablando.

Le había vuelto la espalda al apache y, cuando pretendía darle unas indicaciones a Aldo, notó en su espalda el duro contacto que le prevenía del peligro.

Y oyó la voz del arrugado indio apache:

—Tú sueltas a Aldo. Si no sueltas, yo clavo cuchillo en tu espalda.

Wesley Grover conocía a los apaches. No precisamente a aquél, llamado Luna Llena, sino a los apaches en general. Sabía qué si el que tenía a su espalda le había dicho que iba a clavarle el cuchillo si no soltaba a Aldo, lo haría.

Por eso apartó su mano de las ropas del muchacho y se incorporó, siempre sintiendo en su espalda la punta del cuchillo.

El golpeado Uriah Campbell quiso aprovechar aquella ocasión para tomarse un desquite sobre Grover. Posiblemente en su cabeza no había entrado todavía la idea de que no se trataba de una riña de saloon, sino de fastidiar positivamente a un *marshal*.

Quizá su inteligencia no llegaba a comprender esto.

Lo cierto es que, cuando intentaba abalanzarse contra Grover por un lado, la voz del apache Luna Llena le contuvo:

—Tú quieto. Marshal amigo padre Aldo. Tú quieto, Campbell, o yo corto tu cuello.

Uriah Campbell vertió entonces toda su ira hacia el apache. Eso era mucho más cómodo y menos susceptible de traerle complicaciones.

—Escucha, indio asqueroso...

Se había acercado al apache, dispuesto a golpearlo, convencido de que podría dominarlo a pesar de que Luna Llena tenía el cuchillo en la mano. Pero esta vez la intervención fue a cargo de Aldo Kechtman, ya recuperado, que apartó a Campbell de un empujón que lo tiró de nuevo sobre su silla.

—Quédate quieto ahí, Uriah. Ya hemos complicado bastante las cosas. No tengo ganas de jaleos ni de continuar teniendo delante de mí a este nombre — se volvió hacia Grover y dijo—: ya está bien, señor Grover. Márchese y no me moleste más. Guarda ese cuchillo, Luna.

Al instante, Wesley dejó de notar en su espalda la dura punta del acero. Vio a Luna Llena aparecer por un lado suyo y sentarse de nuevo en la silla, dispuesto a continuar su vigilancia protectora sobre Aldo Kechtman.

—Be acuerdo, Aldo. Hasta la vista.

—Lo dudo —gruñó Aldo—. No tengo ningún interés en volver a verlo. Y supongo que usted tampoco debe tener interés por verme a mí —se volvió hacia el mostrador y le hizo señas al camarero—. ¡Eh, tú! Dos botellas más. Yo pago. Y trae una de aguardiente para Luna Llena. Se la ha ganado.

Wesley Grover movió pesarosamente la cabeza.

—¿Qué es lo que te pasa, muchacho? ¿Hay algo con lo que no estés conforme?

—Estoy conforme con todo —lo miró torvamente Aldo Kechtman—. Incluso con llegar a tener madre a los veinte años.

—Ya entiendo... ¿No te gusta la señorita Foster?

—Me gusta —rió estúpidamente el muchacho—. Pero no como madre.

Los otros, Barley, Campbell y Wilson, rieron la gracia. Pero Wesley Grover no rió, porque, ciertamente, las palabras de Aldo no tenían ninguna gracia.

—Creo que tu propio padre te dará la lección que mereces, Aldo.

—¡Oh, sí! Naturalmente que me la dará. ¿No sabe? También me gusta mi padre. ¿No es un gran hombre? Todo lo soluciona, siempre sale con bien de todos los líos o de cualquier apuro... Seguro. Mi padre me dará una lección... cuando él lo considere necesario. ¿No es eso?

Wesley Grover volvió a mover pesarosamente la cabeza. Fue hacia el mostrador, acabó su whisky, pagó y salió del saloon.

Bueno. No sería una mala idea, puesto que ya estaba aseado y vestido y su caballo estaba siendo bien atendido en las cuadras, que se dedicase a, comer algo. Luego dormiría un par de horas para recuperarse del cansancio del viaje y, finalmente, tras una visita en solitario al lugar donde, según Irving Kechtman, se había producido el asalto a la diligencia, muy cerca de Banquete, iría finalmente a visitar a su amigo al rancho.

CAPÍTULO V

Habían salido ya las primeras estrellas cuando Wesley Grover cabalgaba hacia el rancho de su viejo amigo y compañero de algunas misiones, Irving Kechtman.

Y estaba a menos de doscientas yardas del galpón de entrada, pensando en el asunto del asalto a la diligencia y que, efectivamente, los asaltantes parecían haber actuado como quien conoce bien el terreno, cuando vio salir a los hombres del rancho de Kechtman.

Poco después se cruzaba con ellos.

Eran dos tipos delgados, de rostros secos y mirada agria, que no le concedieron el menor interés cuando se cruzaron con él. A Wesley Grover le bastó aquel simple cruce, aquella simple mirada, para catalogar inmediatamente a los dos hombres. Era muy poco probable que él se confundiese al definir a una persona como pistolero profesional. Los revólveres bajos, sus expresiones secas, la mirada dura, el rictus notablemente despiadado de la boca... Wesley Grover había visto en su vida demasiados hombres como aquéllos para no catalogarlos inmediatamente.

Pero decidió no concederles ninguna importancia, ni siquiera teniendo en cuenta que acababa de verlos salir del rancho de Irving Kechtman.

Cabalgó la poca distancia que le quedaba hasta el galpón y entró.

Ante él había la típica gran explanada casi circular y a la izquierda se veía la casa del rancho. A la derecha, y enfrente de la casa, como a unas ciento cincuenta yardas, el gran establo y granero que tenía anexas las corralizas de mareaje y doma. Todo eso con las últimas luces del día.

También, justo cuando estaba pasando por debajo de un gigantesco roble, de modo que, además de la creciente oscuridad del ocaso, la sombra del árbol lo dejaba poco menos que invisible. Wesley Grover vio salir al porche de la casa a Irving Kechtman. Estuvo a punto de llamarlo; pero algo atrajo la atención del *marshal*. Detuvo su caballo. Y, sin desmontar, completamente inmóvil, contempló a su amigo.

Irving Kechtman llevaba algo en la mano izquierda. Lo que fuese no pesaba demasiado, pero su tamaño era bastante considerable. Irving Kechtman había mirado primero atentamente hacia el barracón de los vaqueros. Luego, a su derecha y a su izquierda. Y finalmente, en lugar de descender del porche por los escalones que conducían a la explanada, se dirigió hacia el extremo izquierdo de ésta y saltó la baranda.

Realmente intrigado, Wesley Grover optó por no hacer notar su presencia. Tenía el ceño, fruncido y sus pensamientos le estaban llevando a conclusiones molestas.

Desmontó, dejó el caballo trabado en una rama baja del roble y se quitó las espuelas.

Entonces, procurando no ser visto, se dirigió hacia el lado opuesto de la casa al que había visto a Irving Kechtman saltar la baranda.

Rodeó la casa por detrás y casi enseguida vio a Kechtman caminando rápidamente hacia un grupo de álamos que se veían ya como sombras, a unas cien o ciento veinte yardas.

Lo que definitivamente decidió a Wesley Grover a no hacer notar su presencia a su amigo fue que éste, cada pocos pasos, volvía la cabeza con la clara actitud de quien teme ser seguido o no le interesa ser visto.

Le fue siguiendo, siempre procurando que Kechtman no le divisase, y cuando éste se detuvo, por fin, entre los pequeños álamos, Wesley Grover se escondió detrás de unas matas y desde allí asistió a las actividades de Irving Kechtman.

Éste había dejado el objeto que llevaba en el brazo en el suelo y con una pequeña azada estaba cavando enérgicamente un hoyo. Apenas dos minutos después debió considerar que era ya lo bastante grande para sus propósitos, puesto que dejó de cavar y se enderezó. Sacó un pañuelo, se secó el sudor y entonces cogió lo que había llevado hasta allí, lo tiró dentro del hoyo recién practicado y lo tapó con la tierra, que apisonó fuertemente. Luego movió la tierra de alrededor de manera que ésta, reseca, ocultase la que había movido con la azada y que, por tanto, hubiese dejado una mancha más o menos circular y de aspecto más fresco.

Finalmente, Irving Kechtman recogió la azada, miró una vez más a su alrededor y tomó el camino de regreso al rancho, a la casa.

Wesley Grover lo vio pasar muy cerca de él, pero ya su interés había despertado por completo. Se dijo que él no tenía derecho a hacer lo que estaba pensando, pero, realmente, la actuación de Irving le tenía profundamente intrigado... y también casi asustado.

Porque incluso resistiéndose con todas sus fuerzas, Wesley Grover no podía ocultarse a sí mismo que le había parecido que lo que Irving Kechtman había enterrado era algo que ambos conocían muy bien.

Esperó allí escondido hasta que pocos minutos después la noche cerró completamente. Y, desde luego, asegurándose de que Kechtman no aparecía de nuevo por allí.

Se incorporó y caminó rápidamente hacia el lugar donde había sido practicado el hoyo. Llegó allí y, como el propio Kechtman, miró a su alrededor, por si alguien le estaba viendo.

No era así.

Y entonces, Wesley Grover, con las manos solamente, desenterró lo que Irving Kechtman había enterrado. Sus dedos se clavaban con fuerza en la tierra, bastante floja a pesar de lo que la había apisonado el *exmarshal*.

Así fue cómo Wesley Grover tuvo en sus manos una pareja de alforjas de cuero en cuyas solapas todavía pudo ver las letras y la palabra «U. S. Mail».

Completamente pálido, de pronto, a pesar de que había estado temiendo por intuición algo desagradable, Wesley Grover quedó unos segundos sin saber qué hacer, mirando la pareja de alforjas como quien, de pronto, ha encontrado algo horrible.

Se serenó muy pronto y abrió las alforjas.

En ellas encontró unos fajos gruesos de Bonos del Gobierno. No necesitaba ninguna luz, aparte de la de las estrellas y el ligerísimo resplandor que llegaba de la casa, para saber que aquello eran Bonos del Gobierno. Los conocía muy bien. Y tampoco necesitaba luz para saber que los otros papeles también, enfajados eran billetes de Banco.

Tras nuevos segundos de duda, Wes se dijo que, antes de tomar cualquier determinación, debía asegurarse completamente de lo que estaba viendo y tocando. Se incorporó y, llevando las alforjas en la mano, se acercó todo lo posible a la casa del rancho. Salía luz por una de las ventanas laterales. Muy poca. Pero no necesitaba más para saber reconocer ya indiscutiblemente lo que había en las alforjas. Sí.

Efectivamente.

Eran Bonos del Gobierno y una cantidad en efectivo. Contó la cantidad. Según los datos que le había proporcionado Karl Heineman, el secretario del gobernador, la cantidad tenía que ser de siete mil dólares.

Y no.

No.

No había allí siete mil dólares, sino cuatro mil. Solamente cuatro mil dólares, por lo demás, dada la dificultad que había entrañado a cualquier persona manejar Bonos del Gobierno recién robados, era de suponer que la totalidad de éstos estaban contenidos en las alforjas.

Wesley Grover suspiró profundamente. De nuevo fue hacia el grupito de álamos y enterró, en el mismo sitio donde las había encontrado, las alforjas. Colocó de nuevo la tierra encima y, tal como hiciera antes Irving Kechtman, la apisonó fuertemente y la recubrió con una ligera capa de tierra ya reseca de la superficie.

Hecho esto, el *marshal* se alejó de allí por el camino utilizado para llegar, esto es, rodeando la casa por detrás, ocultándose y dirigiéndose hacia el gran roble bajo cuya sombra había dejado su caballo.

Llegó junto a éste sin contratiempo, sin ser visto por nadie. Se puso las espuelas, se limpió la tierra que había quedado adherida en sus manos y montó.

Entonces cabalgó hacia la casa saliendo de bajo la sombra del roble.

Detuvo su caballo ante el porche, desmontó, dejando suelto luego al animal, y subió a aquél.

Cuando llamó a la puerta tenía ya pensado qué era lo que tenía que hacer respecto a su triste, estremecedor... y desconcertante descubrimiento.

No diría nada. Irving Kechtman abrió casi inmediatamente la puerta. En el primer instante, Wes vio el gesto preocupado de su amigo; pero, enseguida, Irving sonrió.

—¿Qué tal, Wes?

—Aquí me tienes —sonrió también el *marshal*—. Como ves, me he apresurado a visitarte.

—Me parece estupendo. Tengo un buen whisky en mi despacho. ¿Vamos a por él?

—Vamos a por él —sonrió Grover.

Entraron los dos en el despacho de Kechtman. Era una habitación amplia, con ventana al porche frontal. Había la correspondiente mesa, un sillón tras ella y otros dos delante. A un lado había un aparador y una percha. En ésta se veía colgado el cinto con el revólver de Irving Kechtman y el sombrero. En el otro lado había una pequeña librería.

Wesley Grover dejó de mirar a su alrededor y atendió la seña que le hacía Kechtman, aceptando sentarse en uno de los sillones de delante de la mesa.

Kechtman fue hacia el aparador, lo abrió, sacó una botella de whisky y dos vasos y fue hacia su sillón. Se sentó, sirvió whisky para Grover y para sí y

alzó su vaso.

—Por este grato encuentro, Wes.

—Por este grato encuentro —repitió.

Bebieron y enseguida, tras dejar su vaso sobre la mesa, Kechtman ofreció a Grover un hermoso cigarro que el *marshal* aceptó de buena gana.

—Bueno, Wes. ¿Qué has descubierto hasta ahora del asunto?

—Nada especial. Tal como tú me indicaste, mientras yo te iba dando cuenta de lo poco que sabía sobre el asunto, parece ser que los hombres que asaltaron la diligencia y mataron al guarda conocen bien estos lugares. Eso es todo lo que he podido averiguar. Bien poca cosa, como tú comprenderás. Sin embargo, espero empezar esta misma noche ciertas averiguaciones que quizá me ayuden.

—Eso está bien. ¿Puedo ayudarte en algo?

—Bueno... En primer lugar, Irving, creo que debes saber que, poco después de marcharnos tú y Gladys de Banquete, tuve una pequeña... discusión con tu hijo.

—¿Con mi hijo?

—Así es, Irving. Fui al saloon a saludar al muchacho, pero me dispensó una acogida poco... amistosa. Tuve que golpear a uno de sus amigos, el apache me amenazó con clavarme el cuchillo...

—Ya te dije que la fidelidad de Luna Llena para con mi hijo Aldo es algo casi increíble, Wes.

—Bueno, eso no tiene importancia. Lo que sí me molestó y me importa es lo ocurrido con tu hijo.

Kechtman palideció.

—¿Qué es lo que ocurrió?

—Nada. Tuve que darle un par de golpes. Eso es todo. Pero me ha parecido que debía venir a darte una explicación, ya que, posiblemente, las personas que te hayan podido hablar de esto quizá lo hayan hecho a su manera.

—Nadie me ha hablado de esto, Wes.

—Sí. Eso me ha parecido ahora cuando te has alterado al empezar a hablar yo. No te preocupes —sonrió el *marshal*—. Ya te digo que no ha sido nada importante. Es un muchacho algo raro tu hijo, Irving.

—Ya lo sé.

—Bueno, puesto que nada ha ocurrido y no parece que yayas a tomar represalias contra mí —de nuevo sonrió el *marshal*— por haber golpeado a tu hijo, quizá podamos hablar de otras cosas.

—¿De lo del asalto a la diligencia, Wes?

—¿Por qué no? Es un tema que, como comprenderás, me interesa profundamente. Pero antes, Irving, dime una cosa. ¿Cuánto dinero le das a tu hijo?

Irving Kechtman miró hoscamente al *marshal*.

—No creo que esto sea cuenta tuya, Wes.

—Claro... Bueno, ya sé eso. Pero he pensado que quizá le das demasiado.

—Es posible.

—No es bueno que un muchacho ante suelto y gastando tanto dinero, Irving.

—Deja eso de mi cuenta.

—Está bien. Supongo que desde esta mañana en la calle Mayor de Banquete, no lo has visto.

—No. No lo he visto.

—Irving... Creo que estás siendo demasiado blando con ese muchacho. Deberías obligarle a trabajar, a tener una responsabilidad, unas preocupaciones... Por otra parte, te aseguro que los muchachos que van con él todavía me parecen menos... agradables que tu hijo.

—Ya lo sé. De los cuatro, todavía resulta que Aldo es el mejor —rió acremente Kechtman—. Los otros se llaman Uriah Campbell, Ricky Wilson y Wilbur Barley trabajan cuando quieren y como quieren. Lo importante para ellos es divertirse. Y mi hijo, según entiendo, lo pasa estupendamente a su lado.

—Así parece. Pero si tú no le dices tanto dinero al muchacho...

—Repito otra vez, Wes, que esto no es cuenta tuya. Supongo que no vas a criticarme que las cosas me vayan bien.

—Por supuesto que no, Irving. Tan sólo que me ha parecido que el comportamiento del muchacho es... bastante molesto. ¿Qué tiene tu hijo contra Gladys?

—Nada. Cosas de muchachos. Supongo que se resiste a comprender que una mujer que tan sólo le lleva doce años se vaya a convertir en su madrastra. De todos modos, ésa es una cuestión a solucionar entre mi hijo y yo. Y no pienso ni siquiera concederle la beligerancia de la conversación o discusión sobre el asunto. De modo que, Wes, podemos hablar, si te parece, del asunto de la diligencia. ¿Realmente no has descubierto todavía nada que pueda ayudarte?

—Nada. Al menos de una manera consciente. En realidad, Irving, he venido a pedirte que mañana, si te parece bien, me acompañes al lugar donde

fue asaltada. Desde allí partiremos en busca de pistas o de los posibles caminos que pudieron seguir los asaltantes. Me interesaría, ante todo, saber si pudieron seguir probablemente dirigiéndose a Banquete o hacia otro lugar. Porque como comprenderás, si existe la posibilidad de que en lugar de dirigirse hacia Banquete se dirigieran hacia otro lugar, yo no tendré nada que hacer en Banquete.

—Comprendo eso, Wes. De acuerdo, iré mañana contigo a ese sitio.

—Y otra cosa, Irving. Quisiera saber si conoces a alguien que últimamente, en el pueblo, esté gastando más dinero del acostumbrado... O alguien que haya salido de un apuro económico de modo inesperado... O si han llegado algunos indeseables manejando mucho dinero... En fin, tú ya sabes.

—Pues no... De momento no sé nada de esto, Wes. Pero, te aseguro que me informaré y te tendré al corriente.

—Gracias, Irving. Y nada más. Voy a marcharme, porque la verdad es que estoy cansado del viaje. He dormido un par de horas esta tarde, pero no, ha sido gran cosa. Ya somos algo viejos para cabalgar millas y millas con muy poco descanso, Irving.

—Así es —suspiró Kechtman—. Pero todavía estamos vivos.

—Eso es —rió Grover—. Todavía estamos vivos, que es lo importante. Se puso en pie y Kechtman lo imitó rápidamente.

—¿De verdad no vas a quedarte más rato, Wes?

—De verdad. Tengo sueño, estoy cansado.

—Al menos, quédate a cenar conmigo.

—No, no... Si ceno ahora, no voy a poder cabalgar.

Era una broma. Los dos lo sabían. Los dos podían cabalgar perfectamente todavía millas y millas con el estómago lleno o vacío, cansados o descansados. Sabían ambos que su reciedumbre se mantenía íntegra. A pesar de todo, eran dos hombres duros y recios.

—Muy bien. Pues, si te parece, te espero mañana, temprano para ir hacia donde fue asaltada la diligencia.

—De acuerdo, Irving. Hasta mañana.

—Y no permitiré que tu próxima visita sea tan breve, Wes.

—Para la próxima vez no lo será. Prometido.

Salieron los dos del despacho y poco después aparecían en el porche. Se estrecharon la mano y Wes Grover montó en su caballo. Saludó todavía una vez más con la mano y se alejó de la casa.

Segundos después salía del rancho de Irving Kechtman.

Pero todavía no pensaba ir a descansar. Cuando había hecho el camino a la inversa, esto es, cabalgando hacia el rancho de Kechtman, había pasado por delante del galpón de otro rancho en cuyo gran cartelón colgado había unas letras grabadas a fuego en la madera que decían: Foster Ranch.

Es decir, el rancho de Gladys Foster.

CAPÍTULO VI

Wesley Grover encontró a Gladys Foster en el porche del rancho de ésta. La muchacha estaba completamente sola y parecía dispuesta a ir a alguna parte.

Gladys lo miró nerviosamente. Sonrió de modo que a Wesley le pareció con cierta dificultad y correspondió al saludo.

—Buenas noches, señor Grover.

—¿Está usted sola? —inquirió Wes.

Gladys pareció aún más nerviosa.

—Sí... Sí. Estoy sola.

—Bien... No quisiera molestarla, pero he ido a visitar a Irving y de vuelta a Banquete me ha parecido que debía pasar a saludarla.

—Se lo agradezco mucho...

—No sé si Irving le habrá contado lo que he venido a hacer a Banquete, señorita Foster.

—No... No me ha dicho nada.

—¿Ni siquiera cuando venían ustedes de regreso hacia su rancho?

—No. Sé que es usted un *marshal*, señor Grover. Pero eso es todo.

—Ya... Lo cierto es, señorita Foster, que estoy en Banquete para cumplir determinada misión. Irving se ha ofrecido para ayudarme en lo que necesite. Aunque, claro está, yo no quisiera entretenerle demasiado tiempo, pues, según me ha parecido entender, sus asuntos van estupendamente y, claro está, ello debe requerir su máxima atención y todo su tiempo.

Gladys Foster se quedó mirando a Wesley Grover como quien no ha entendido muy bien.

—¿Está usted hablando de los asuntos de Irving, señor Grover?

—Así es. Precisamente Irving acaba de decirme que yo no podía echarle en cara que sus asuntos fuesen productivos.

—¿Irving le ha dicho eso?

—Sí. ¿Le parece a usted extraño?

—Bueno... —la muchacha parecía turbada—. No me parece extraño que Irving haya querido darle a usted las explicaciones que haya creído él

convenientes. Lo que sí me pregunto es por qué se ha interesado usted por ese asunto, señor Grover.

—Bueno... Yo no me he interesado especial ni directamente por ese asunto, señorita Foster. Lo que ocurre es que me permití hacer ciertos comentarios sobre Aldo y su manera de vivir, y Irving me dijo que yo no podía reprocharle que sus asuntos le fuesen bien. Me dijo esto porque, en cierto modo, le acusé de proporcionarle demasiado dinero a Aldo para divertirse.

—Yo no sé... Yo no sé, señor Grover, qué es lo que puede haberle dicho Irving. Pero lo cierto es que sus asuntos no van tan bien como usted parece estar creyendo.

—¡Oh! Bueno... No he dicho que sea precisamente un millonario; pero por el dinero que gasta Aldo, es fácil comprender que Irving debe estar en una posición acomodada.

Gladys miró a Wesley con una expresión mezcla de reproche y orgullo.

—Señor Grover, si realmente le interesa la verdad, le diré que yo amo de todo corazón a Irving Kechtman. En cuanto a fortuna, los Foster no tenemos en absoluto que envidiar a los Kechtman.

Wesley alzó las cejas.

—¿Por qué me dice eso, señorita Foster?

—Porque usted parece estar creyendo que, ya que tan bien le van los asuntos a Irving Kechtman, yo quizá haya aceptado casarme con él para solucionar los asuntos de los Foster, que quizá está usted creyendo no nos van demasiado bien.

—¡Por el amor de Dios! —musitó Wesley—. ¿Cómo puede usted creer que yo haya podido pensar semejante cosa? Simplemente, he comentado con usted parte de la conversación que hemos sostenido Irving y yo, eso es todo.

—De todos modos, señor Grover, quiero que sepa que los asuntos de Irving van casi francamente mal. Y, en parte, es debido precisamente a esas cantidades de dinero que Aldo gasta tan alegremente. Aparte de eso, Aldo ha decidido llevar una vida muy particular. En definitiva, señor Grover, Aldo Kechtman es un gandul. Y dado el poco apoyo que presta a su padre, y las preocupaciones y gastos que le ocasiona a Irving, puedo asegurarle que los negocios del rancho Kechtman no van tan bien como todos quisiéramos. Pero una vez más, insisto en que mi decisión de casarme con Irving es puramente una inclinación sentimental.

—Le aseguro, señorita Foster, que en ningún momento se me ha ocurrido pensar lo contrario, ni he querido hacerle a usted insinuaciones de ese tipo. Si

así se lo ha parecido, le ruego que me perdone. Y, con toda sinceridad, le diré que en cuanto la vi esta mañana comprendí que Irving Kechtman había encontrado... un pequeño tesoro.

Gladys Foster estuvo mirando durante unos segundos, fijamente, a Wesley Grover. Parecía buscar en la expresión o en la amable sonrisa de éste un cierto matiz irónico.

Pero no.

No había ironía ni burla de ninguna clase en las palabras o, en la actitud de Wesley Grover, y la mujer, por fin, así lo comprendió.

—Creo que he sido un poco estúpida con usted, señor Grover.

—No diga eso —sonrió ya ampliamente. Wes—. Usted no me conoce. Irving sí me conoce desde hace muchos años y habría interpretado exactamente mis palabras, pero usted tenía perfecto derecho a dejar las cosas bien, establecidas... por si acaso a mí se me ocurría dudar de su sincero amor hacia Irving.

—Le amo de verdad y con todas mis fuerzas, señor Grover.

—Lo sé, lo sé... Pero no es necesario que nos extendamos más sobre esto. Ya le he dicho que únicamente, al pasar por delante de su rancho, me dije que quizá a usted le pareciese una atención del amigo de su futuro esposo que pasase a saludarla. Por lo demás, los comentarios que haya podido hacer respecto a los negocios o fortuna de Irving, han sido puramente ocasionales, sin ninguna premeditación por mi parte. Sin embargo, le aseguro que quedo no poco asombrado por lo que usted me ha dicho. Estaba convencido de que Irving Kechtman poseía una fortuna bastante importante.

—Pues no es así. Pero eso no importa, señor Grover. ¿O sí importa?

—A mí no —sonrió el *marshal*—. Y yo estoy completamente convencido de que a usted tampoco. Al único que quizá le pueda importar es al propio Irving. Pero sé muy bien que es hombre capaz de salir de cualquier situación adversa... Si usted tenía que ir a algún sitio, señorita Foster, puedo acompañarla, si me lo permite.

Ante esas palabras, Gladys Foster pareció recordar de pronto el motivo por el cual estaba dispuesta a abandonar su rancho cuando llegaba Wesley Grover.

—No... No es necesario.

—¿Le ocurre algo? —inquirió Wesley.

—No, no...

El *marshal* recurrió de nuevo a su más amplia y cordial sonrisa.

—Soy un gran amigo de Irving, señorita Foster, no lo olvide. Irving depositaría en mí su confianza en cualquier momento. No quiero atosigarla ni irritarla, pero juraría que está usted en una situación un poco... apurada. ¿Qué es ello?

Gladys se retorció las manos nerviosamente.

—Iba ahora precisamente —musitó— a buscar a Irving.

—¿Ahora?

—Sí. Mis hermanos han salido hace unos minutos hacia Banquete...

—¿Tiene usted hermanos?

—Sí. Tres hermanos, señor Grover. Ted, Abel y Max. Los tres son muy altos y muy fuertes... Y han ido hacia Banquete.

—Bueno... No creo que eso tenga gran importancia.

—Sí la tiene... Lo cierto es que Max, Ted y Abel han ido a Banquete en busca de Aldo... De Aldo Kechtman, naturalmente.

El *marshal* se rascó pensativamente la barbilla.

—¿Y eso es algo que le preocupa a usted?

—Es que... Mis hermanos se han enterado de lo que ocurrió esta mañana en el pueblo. Han sabido que Aldo me estuvo molestando en plena calle Mayor y han decidido ir a..., a hacerle comprender que no debe insistir en molestarme.

—Ya entiendo... ¿Teme usted que ocurra algo molesto entre sus hermanos y Aldo Kechtman?

—Sí.

—¿Y lo mejor que se le ha ocurrido ha sido querer ir a enterar a Irving de lo que estaba sucediendo?

—Pues, sí...

—Creo que eso complicaría las cosas, señorita Foster. Supongamos que sus hermanos se encuentran a Aldo y se pelean. ¿Qué se ganaría con que Irving Kechtman llegase a tiempo de intervenir en la pelea?

Gladys Foster palideció intensamente. Se quedó mirando con fijeza al *marshal*, muda de espanto y preocupación.

—Pero algo habrá que hacer —susurró.

—Por supuesto —asintió Wesley—. Pero ni usted ni Irving deben intervenir en esto.

—¿Quiere decir usted con eso algo especial, señor Grover?

—Pues únicamente, quiero decir que regrese usted dentro de la casa y se dedique a sus quehaceres. Eso es todo.

—Entiendo que usted intentará arreglar...

—Lo intentaré —sonrió una vez más Wesley Grover—. Buenas noches, señorita Foster.

Dio la vuelta y fue hacia su caballo. Cuando ya estaba montado, Gladys Foster, desde el porche, dijo:

—Mis hermanos... Mis hermanos no son hombres precisamente hábiles con el revólver, señor Grover.

—No importa. ¿Acaso cree usted que para evitarle una paliza a Aldo Kechtman, que se la está ganando con todos los merecimientos, voy a disparar contra sus hermanos?

Dicho esto, Wesley Grover tiró de las bridas de su caballo y se alejó de la casa del Foster Ranch.

Cuando ya cabalgaba por terreno libre hacia Banquete, Wesley tenía cosas realmente molestas en qué pensar. Por una parte, casi como la más insignificante, estaba el hecho de la inminente pelea entre los Foster y Aldo Kechtman. Se podía temer que los amigos del muchacho intentasen ayudar a éste en su pelea contra los Foster.

Y ahí estaba lo malo.

Si intervenían esos amigotes y, sobre todo, el apache Luna Llena, era más que posible que la cuestión no se solventase con Unos cuantos golpes... Pero otra cuestión, todavía más inquietante, era la referente a la mentira de Irving Kechtman respecto a que sus asuntos le iban bien. Al parecer no había dicho la verdad.

Y, finalmente, sobre todo, estaba la cuestión de las alforjas de la «U. S. Mail» que había encontrado en el lugar a donde Irving Kechtman había ido a enterrarlas.

La sospecha, la idea respecto a cómo era posible que Irving Kechtman tuviese tales alforjas, era tan clara, tan nítida, que Wesley Grover se sintió, de pronto, profundamente deprimido y triste.

CAPÍTULO VII

Comprendió inmediatamente, apenas entrar en Banquete, que algo estaba sucediendo. Y lo que fuese ocurría en el punto central de la calle Mayor. Allí, muchísima gente formaba un nutrido círculo en cuyo interior, por supuesto, se estaban desarrollando los hechos que llamaban su atención.

Cabalgó rápidamente hacia allí, desmontó incluso antes de que su caballo estuviese completamente parado y fue rompiendo el círculo de curiosos rudamente, abriéndose paso hacia el centro.

Allí, la escena se le ofreció con toda claridad.

Dos hombres, altos y fuertes, anchos de hombros y rostros duros y hoscos, estaban golpeando a Aldo Kechtman. Un poco apartados de ellos, Wesley vio a Wilbur Barley, Brian Campbell y Ricky Wilson que permanecían inmóviles ante la amenaza, del revólver de otro hombre, que parecía una reproducción de los dos que estaban peleando con Aldo Kechtman.

Y, finalmente, tendido a los pies de los amigos de Aldo, estaba el apache Luna Llena, al parecer sin conocimiento.

Grover se acercó rápidamente hacia el grupo que formaban los dos hombretones que estaban golpeando sañudamente a Aldo Kechtman... Éste intentaba defenderse y ponía en ello todo su coraje. Pero, evidentemente, su potencia física ni siquiera habría bastado para vencer a uno solo de aquellos dos hombres. Aparte de eso, el estado de Aldo Kechtman se acercaba, rayaba con la borrachera. El muchacho tenía ya partida una ceja y el labio inferior. Todo su rostro estaba manchado de sangre, pero parecía que aún le quedaban fuerzas para continuar soportando el castigo.

El *marshal* se acercó por detrás a uno de los contrincantes de Aldo Kechtman cuando aquél se disponía a golpearlo nuevamente en el estómago, tras recibir a Aldo en los brazos enviado por un durísimo, puñetazo del otro hombre.

—Está bien ya —gruñó Grover—. Dejen tranquilo al muchacho.

El hombre pareció no haberlo oído, porque preparó su puño para incrustarlo en el cuerpo de Aldo Kechtman. Entonces, Wesley Grover, con

absoluta tranquilidad, sin dar importancia al asunto, sacó su revólver y lo colocó en un costado del hombre que se disponía a golpear.

—He dicho que está bien ya, Foster.

Aldo Kechtman cayó al suelo, primero de rodillas y luego de bruce, cuando no encontró el apoyo que había significado el puño de su enemigo.

Éste se volvió lentamente hacia Wes y se lo quedó mirando, irritado.

—¿Qué demonios le pasa a usted? ¿Qué es lo que quiere?

—Simplemente, Foster, le estoy rogando que deje ya en paz al muchacho. Usted y sus hermanos ya han podido quedar satisfechos. De acuerdo. Han demostrado que no es conveniente molestar a su hermana. Ahora, monten en sus caballos y regresen al rancho. Gladys los está esperando.

El otro hermanó de Gladys se acercó, de modo que Wesley se encontró delante de dos hombretones tres o cuatro pulgadas más altos que él. El que se había acercado a él y al que Wesley amenazaba con el revólver, farfulló:

—Por si no lo sabe, amigo, tiene usted detrás un revólver que, le está apuntando.

—Lo sé perfectamente —sonrió Wesley—. Pero no creo que su hermano se atreva a disparar, Foster. Sería una completa estupidez.

—Estupidez es lo que ha cometido usted. ¿Quién le ha dado vela en este entierro?

—Dos cosas —continuó sonriendo Wesley—: una de ellas es mi revólver. La otra, esta placa que ustedes pueden ver ahora perfectamente.

Había apartado su cazadora de modo que la placa distintiva de los *marshals* quedó claramente visible para los Foster. Enseñada la placa, Wesley enfundó el revólver y se volvió hacia el tercero de los Foster, el que estaba todavía manteniendo a raya a los amigos de Aldo Kechtman.

—Venga usted también acá, Foster.

El hombre vaciló, pero, por fin, guardó el revólver y se reunió con Wesley y sus hermanos.

—Está bien. Diga lo que sea, *marshal*.

—En primer lugar, la pelea ha terminado. En segundo lugar, espero que ustedes comprendan lo que podría significar una pelea entre los Foster y los Kechtman. Vengo ahora mismo de hablar con su hermana Gladys, y creo haber entendido perfectamente que ella ama a Irving Kechtman. ¿Por qué se empeñan ustedes en complicar las cosas por algo que ya ha ocurrido?

En aquel momento, Aldo Kechtman conseguía ponerse en pie, si bien se tambaleaba tan claramente que Wesley Grover, sin esperar respuesta de los Foster, se acercó al muchacho y le ayudó a mantenerse, a sostenerse en pie.

Lo llevó hacia donde esperaban Barley, Wilson y Campbell y echó a Aldo en brazos de éstos. Enseguida se acercó a donde yacía el apache y le dio la vuelta. No vio herida alguna ni sangre en el cuerpo, por lo que comprendió que éste, simplemente, debía haber recibido un fuerte golpe en la cabeza que le había privado del conocimiento.

Pero Luna Llena se estaba ya recuperando cuando Wesley le dio la vuelta. El apache parpadeó unas cuantas veces antes de dejar su negra mirada fija en la de Wesley Grover.

—¿Cómo va eso, Luna Llena? —sonrió el *marshal*.

El apache volvió a parpadear, pero era obvio que ya había recuperado la plenitud de sus facultades.

—¿Tú ayudas a Luna Llena?

—Así es. ¿Hay algo que te extrañe, Luna Llena?

—Sí.

—¿Y qué es ello?

—Tú ayudar apache.

—Bueno, bueno. Déjate de tonterías, ponte en pie y llévate de aquí al muchacho. ¿Lo has entendido, Luna?

—Luna entiende bien. Tú, gran amigo de Irving Kechtman. Tú, amigo de Aldo Kechtman. Tú, ahora, amigo de Luna Llena.

El *marshal* se echó a reír. Le divertía la torpe charla del apache. Pero en el fondo estaba comprendiendo que, por lo que fuese, se había convertido en amigo de Luna Llena. Y esto no tenía por qué desagradarle.

—Muy agradecido —dijo—. Ahora, llévate a Aldo a casa.

—Sí. Yo llevo a casa.

—Eso es —volvió a reír Wes—. Anda, ponte en pie, trae vuestros caballos y regresad al rancho.

El apache se puso en pie y, efectivamente, fue a buscar su caballo y el de Aldo Kechtman.

Mientras, Wesley regresó junto al muchacho, que se estaba recuperando rápidamente y limpiándose con un pañuelo la sangre que tenía en el rostro.

Los Foster, codo con codo, permanecían delante del grupo formado por Aldo y sus amigos. Pero entre ambos grupos estaba todavía Wesley Grover, que no pensaba permitir que las cosas continuasen adelante. Y, rodeándolos a todos, el corro de curiosos, que cada vez consideraban más entretenida la situación.

—Quiero hablar contigo, Aldo —dijo Wesley.

—Lárguese de una cochina vez —replicó secamente el muchacho.

—Me largaré cuando lo crea oportuno. De momento, ven conmigo aparte para que podamos charlar unos minutos.

—Déjeme en paz.

El *marshal* frunció el ceño. Miró a Campbell Wilson y Barley y, por fin, hacia donde Luna Llena estaba destrabando los caballos de la barra.

—Aldo, te aconsejo que por una vez adoptes una actitud inteligente conmigo. Sepárate de ellos y ven a escuchar lo que tengo que decirte.

Aldo Kechtman estuvo unos segundos mirando con súbita atención al *marshal*. Acabó de limpiarse de cualquier manera la sangre, se guardó el pañuelo, encogió los hombros y, mirando torvamente hacia los Foster, se alejó unos pasos en compañía de Wesley Grover.

—Está bien. ¿De qué se trata, señor Grover?

—Escucha —susurró Wesley—: las cosas ya están bastante complicadas para que tú te dediques a complicarlas todavía más...

—¿A qué se refiere?

—Quiero decir que no importa lo que haga o haya hecho tu padre: creo que deberías comprenderlo y estar de su lado.

—¿De qué demonios está usted hablando?

—Escucha, Aldo. De todos modos, yo os voy a ayudar. Tu padre es mi amigo desde hace muchos años. Va a seguir siéndolo. No te preocupes. Ya te digo que yo procuraré arreglar el asunto.

—¿Qué asunto?

—Bueno... Tú ya sabes, no siempre los padres hacen cosas que puedan gustar a todos, Aldo.

—¡Hable claro de una maldita vez!

—De acuerdo —dijo sombríamente Wesley—. ¿Te parece bastante claro decir que a tu padre no le van demasiado bien las cosas, pero que a ti nunca deja de darte buenas cantidades de dinero?

Aldo Kechtman palideció intensamente.

—¿Cómo dice? —susurró.

—Digo que a tu padre no le van los negocios del rancho tan bien como todos quisiéramos. Sin embargo, Aldo, según creo, tú siempre tienes dinero y no te importa gastarlo. Todo eso, como comprenderás tiene un lógico contrasentido. ¿Es eso lo que te tiene preocupado, muchacho?

—No sé de qué me está hablando... ¿Qué es lo que le han dicho a usted? ¿Qué es lo que quiere, Grover?

—Solamente quiero que mientras yo estoy intentando ayudar a los Kechtman, tú no compliques la cosa con situaciones y peleas tontas.

Abandona esta actitud. Simplemente, procura comprender un poco a tu padre y queda dispuesto a ayudarlo en el momento que sea necesario...

—¿Qué pretende usted que haga?

—Puedes empezar por aceptar de buen grado que Gladys Foster se vaya a convertir pronto en Gladys Kechtman. Personalmente, opino que los Kechtman no vais a salir en absoluto perjudicados con ese incremento de familia, Aldo.

—Lo que usted piense, no creo que le importe a nadie.

—Está bien. Te estoy dando unos consejos que son buenos. Ya sé, ya sé... Tienes veinte años y tú sabes tomar decisiones por ti mismo. De acuerdo, Aldo. Toma todas las decisiones que quieras. Pero asegúrate bien de que son las acertadas.

—¿Por qué no habían de serlo?

—No sé por qué, pero opino, simplemente, que no lo son. Muéstrate amigo de tu padre, ayúdalo, y respecto a lo de Gladys Foster, acéptala. No tienes por qué llamarla madre, ni madrastra. Es sencillamente la mujer de tu padre... O lo será, mejor dicho. Eso es todo lo que puedo decirte, Aldo.

—Entonces... ¿Ya ha terminado?

—Así es —asintió Wesley.

—Pues váyase al diablo.

Aldo Kechtman dio la vuelta y se alejó del *marshal*, reuniéndose con sus amigos Campbell, Barley y Wilson.

Luna Llena se acercó entonces al muchacho, le tocó en un hombro y, cuando él se volvió, le señaló hacia los caballos, dijo algo y señaló también hacia Wesley Grover. Éste vió claramente el gesto iracundo de Aldo, que empujó rudamente al apache y se dirigió hacia el saloon.

Por lo visto tenía que completar su borrachera.

Luna Llena, tras un par de traspies, había recuperado el equilibrio y estaba mirando a Wesley. Éste apartó la mirada, encogió los hombros y se desentendió del asunto.

Entonces caminó hacia donde quedaban los Foster y se detuvo delante de ellos.

—Muy bien —sonrió—. Espero que no me guarden rencor. Mi nombre es Wesley Grover.

—Sí... Ya sabemos eso ahora, *marshal* Gladys nos habló de usted hoy. Dijo que había llegado un gran amigo de Irving y que le había presentado. Pero como no lo conocíamos a usted, era natural que nos fastidiase verle intervenir en este asunto.

—No se lo tomen a mal. Simpatizo con ustedes, con Irving y me ha encantado conocer a Gladys. En cuanto a Aldo Kechtman, esta mañana estaba un poco borracho cuando molestó a Gladys. ¿Por qué no disculpan al muchacho?

—No nos gusta...

—Ya sé, ya sé —contemporizó Wesley—. Y repito que simpatizo con ustedes y con su actitud. Ya le han dado unos cuantos golpes. Ya le han demostrado que le conviene no molestar más a su hermana. De acuerdo. Ahora den por liquidada la cuestión y regresen junto a Gladys.

—De acuerdo, Grover.

—Tengan en cuenta que si esto hubiese continuado adelante, posiblemente quien más habría perdido habría sido Gladys. Conozco a Irving Kechtman. No se va a molestar demasiado porque ustedes le hayan roto la cara a su hijo si éste se ha merecido los golpes. Pero cuando se empieza a golpes nunca se sabe cómo van a terminar las cosas.

—Tiene usted razón.

—Me alegra que lo reconozcan.

—Lo reconocemos, desde luego. Pero si Aldo vuelve a molestar a Gladys, nosotros volveremos a romperle la cara. Y no nos importará si tenemos que rompérsela también a esos puercos de Barley, Wilson y Campbell.

—No pasará nada más, no se preocupen. Ocurre que posiblemente Aldo Kechtman sea un poco duro de mollera para comprender que un hombre, padre de un hijo de veinte años, pueda casarse de nuevo... Y, además, con una muchacha tan hermosa como Gladys Foster.

Los tres Foster sonrieron anchamente. Se miraron y, por fin, soltaron la carcajada.

—Es usted un tipo simpático, *marshal*. Yo me llame Ted, éste es Abel, y éste es Max. En el fondo le agradecemos su intervención, ya que, como muy bien ha dicho usted, quizá ha conseguido que las cosas no pasaran a mayores. Si, en algo nos necesita, cuente con nosotros.

—Muy agradecido. Y ahora, por favor, ¿serán tan amables de indicarme dónde está la oficina del alguacil de este pacífico pueblo?

—Haremos más que eso —rió Max Foster—. Le llevaremos allá nosotros. Está hacia la punta sur de la calle. Monte en su caballo y lo llevaremos hasta allí. Y quede tranquilo. Inmediatamente regresaremos a casa sin complicarnos más la vida.

—Correcto —rió Wesley.

Los cuatro montaron en sus respectivos caballos y en grupo, ocupando el centro de la calzada, se dirigieron hacia donde la Ley tenía su oficina en Banquete.

Los Foster la señalaron, estrecharon luego la mano del *marshal*, y finalmente, se alejaron.

Wesley Grover los estuvo mirando hasta perderlos de vista. Luego desmontó, trabó su caballo en el atamulas, subió al porche y entró en la oficina de la Ley.

Un hombre, seco de rostro, pellejudo y ojos diminutos, estaba tranquilamente sentado tras la mesa, con los pies sobre ésta.

Wes caminó hasta quedar delante de la mesa y se quedó contemplando con el ceño fruncido al alguacil de Banquete.

—¿Qué se le ofrece? —preguntó éste.

—Imagino que usted es el alguacil.

—Así es. Mi nombre es Stoner. Wil Stoner. ¿Puedo servirle en algo?

—No. Ya no, Stoner. Ya no, porque yo he solucionado el asunto. ¿No se ha enterado usted de que en la calle había una pelea que podía haber traído muy desagradables consecuencias?

—¿Se refiere a la de los Foster y el muchacho de Kechtman?

—Exactamente a eso me refiero.

—Bueno... Los Foster son muy brutos. En cuanto a Aldo Kechtman, me parece muy oportuno que alguien le haya sentado la mano un poco.

—¿Por qué no lo hace usted? Al fin y al cabo es su obligación, Stoner. Esta misma mañana, cuándo Aldo Kechtman y sus amigos entraron en Banquete llenando la calle de polvo y disparando, usted debió intervenir.

—No me complique la vida —farfulló Stoner—. ¿Qué demonios le importa a usted todo esto?

De nuevo Wesley Grover apartó su cazadora, mostrando la placa distintiva de los *marshal*. Will Stoner, alguacil de Banquete se la quedó mirando con los ojos muy abiertos durante unos segundos. De pronto, se mordió los labios y se puso en pie de un salto.

Pareció dispuesto a decir algo, pero Wesley Grover alzó una mano.

—No diga nada, Stoner. Vengo directamente delegado por el gobernador para resolver cierto asunto en Banquete. Mi autoridad sobre usted es indiscutible. Por esta vez pasaremos por alto su comportamiento, cuando sabía con toda seguridad que en la calle había una pelea. Sólo por esta vez, Stoner. La próxima vez creo que usted y yo tendremos una conversación más larga. Buenas noches.

Dio la vuelta y salió de la oficina, dejando al alguacil Stoner pálido y preocupado por la inesperada circunstancia de haber tenido que dar cuenta de su apático comportamiento a un *marshal* con plenos poderes.

CAPÍTULO VIII

Poco más de una hora después, Wesley Grover se dirigió a su habitación del hotel. Ya había cenado, y entre eso y el cansancio del viaje que había realizado hasta Banquete, se dijo que lo que más le convenía en aquellos momentos era dormir unas cuantas horas seguidas.

Pero antes de dormir debería dedicarse a pensar detenidamente en la delicadísima situación en que se encontraba. Por supuesto, su obligación inmediata al descubrir las alforjas de la «U. S. Mail» era haberlas recuperado y haber apresado a Irving Kechtman. Ésa tenía que haber sido su inmediata reacción.

Sin embargo, gracias a la experiencia, un hombre formado ha aprendido ya a dominar sus ímpetus iniciales, y, por otra parte, no es lo mismo detener a un forajido cualquiera que llegar a la descorazonada conclusión de que un viejo amigo que había sido *marshal* posiblemente más veces que él mismo, tenía en su poder las alforjas y el dinero que había costado la vida a un hombre al ser asaltada la diligencia.

Pensando sobre todo esto y en la manera de enfocar al día siguiente el asunto cuando se entrevistase con Kechtman, Wesley Grover llegó ante la puerta de su habitación.

Metió la llave en la cerradura, abrió y empujó la puerta hacia dentro. Al mismo tiempo entraba, siguiendo el mismo ritmo que la hoja de madera.

Su instinto falló, pero no su oído.

Justo en el momento en qué se encontraba ya dentro de la habitación, oyó el contenido suspiro de una persona que está realizando un movimiento brusco. Al mismo tiempo, alguien empujaba la puerta de un modo que ésta quedase cerrada, con Wesley Grover ya dentro.

El *marshal* notó en un brazo el frío contacto del acero. Un contacto que, de no haber oído aquel brusco suspiro, lo habría experimentado posiblemente en pleno pecho.

Una sombra, perdido el equilibrio por el fallo del golpe, cayó sobre él. Y por la ventana de la habitación que daba a la calle Mayor de Banquete entraba

la suficiente luz para que el cuchillo lanzase sus destellos.

El hombre cayó encima de Wesley Grover, ya jadeando fuertemente. El *marshal* comprendió que el cuchillo se estaba alzando de nuevo y que en un instante la aguda hoja de acero caería de nuevo sobre él.

Comprendiendo que sus reacciones debían ser absolutamente rápidas y decididas si quería conservar la vida, Wesley Grover arqueó violentamente el cuerpo, al mismo tiempo que su brazo izquierdo, doblado, se alzaba para contener el golpe. Notó en su antebrazo el golpe de otro antebrazo y vio ante sus ojos de nuevo el brillo del acero.

Pero su atacante ya había saltado hacia un lado debido al fuerte impulso con que Wesley había arqueado el cuerpo.

El *marshal* estaba empezando a ponerse en pie tras rodar varias veces hacia el centro de la habitación, cuando vio ante él a otro hombre. Y también en la mano de éste brillaba un cuchillo.

Muy bien.

Querían matarlo de un modo silencioso, discreto.

El hombre que ahora tenía ante él bajó un poco la mano y lanzó la cuchillada en semicírculo, a la altura del vientre del *marshal*.

Éste consiguió esquivar la cuchillada y, lanzando sus manos hacia adelante, alcanzar la muñeca armada de su segundo atacante. Lo hizo en el momento justo en que el otro se lanzaba de nuevo contra él, con el cuchillo listo para clavárselo.

Bien aferrada la muñeca del segundo de sus enemigos, Wesley Grover tiró más hacia el centro de la habitación, de modo que aquél quedó colocado delante del que, tras haber fallado el golpe, se lanzaba de nuevo al ataque. Hubo un encontronazo entre los dos hombres. Y mientras uno de ellos se tambaleaba, perdido brevemente el equilibrio, Wesley Grover se colocó el brazo del otro sobre un hombro y tiró con fuerza de la muñeca hacia abajo.

Se oyó un fuerte crujido, simultáneo con el contenido gemido de dolor del hombre que el *marshal* había lanzado por encima suyo.

Cayó cerca de los pies de la cama y el impulso que llevaba le obligó a chocar violentamente contra las patas de hierro de ésta.

Mientras, Wesley se había vuelto para atender al otro enemigo y a su cuchillo. Lo vio ante él, tanteando con el cuchillo para ir acorralándolo, y Wesley Grover comprendió que la pelea debía solucionarla rápidamente si no quería que de modo inevitable uno de esos cuchillos, o quizá los dos, se clavasen por fin en su cuerpo.

Lanzó violentamente su pie derecho hacia adelante, buscando el cuerpo de su enemigo. Y lo encontró. Su pie se hundió rudamente entre los muslos de su atacante y éste no pudo evitar un aullido que producía el intensísimo dolor que notaba en el vulnerable punto golpeado.

Esa pequeña indecisión ocasionada por el dolor le perdió.

Wesley Grover se acercó más y le golpeó entonces con el puño derecho en plena boca. El hombre saltó hacia atrás como un muñeco, soltando el cuchillo. Chocó violentamente de espaldas contra la pared y rebotó hacia adelante, cayendo de bruces en el piso.

A todo esto, el que había sufrido la rotura o dislocación de un brazo se había puesto nuevamente en pie y con el cuchillo cambiado de mano, se lanzaba una vez más contra el *marshal*.

Éste se inclinó y, al mismo tiempo que recogía el cuchillo del otro, cargaba con su hombro contra la cintura del que le atacaba ahora.

El encontronazo fue violentísimo y el desconocido agresor saltó hacia atrás, nuevamente contra la cama de hierro. Chocó de riñones contra el respaldo y rebotó como segundos antes lo hiciera su compañero.

Pero no había perdido el cuchillo, como ocurriera con el otro, y Wesley lo vio venir nuevamente hacia él jadeando fuertemente, con el cuchillo por delante y animado no ya sólo del deseo de matar, sino de una furia vengativa por los golpes recibidos.

Una nueva cuchillada lanzada por el atacante falló otra vez el ágil cuerpo de Wesley Grover.

Tan ágil, que se había colocado a un lado del asesino, de tal modo, que cuando Wesley Grover lanzó con fuerza su mano armada del cuchillo, éste penetró profundamente en el pecho del hombre.

El *marshal* retiró rápidamente la mano y el desconocido cayó a plomo al suelo y quedó inmóvil tras un profundo suspiro que pareció convertirse en un gemido ronco.

Wesley Grover empezaba a volverse hacia el que todavía quedaba en pie, cuando recibió en la espalda, con ambos puños, un terrible golpe que lo lanzó de caía contra la cama también. Dio de cara contra los barrotes, al mismo tiempo que sus rodillas tocaban el suelo. Rebotó de lado, notando en sus labios partidos la sangre.

Encima de él, cuando estaba todavía girado de costado, vio una vez más a su primer enemigo.

Y vio también el cuchillo en la mano de éste. Naturalmente, el hombre se había apresurado a apoderarse del arma que había llevado su compañero.

Como primer golpe, el enemigo de Wesley quiso atenuar la resistencia física del *marshal* golpeándole con un pie en el pecho. Lo consiguió, pero no supo retirar el pie a tiempo.

Las manos de Grover fueron hacia la pierna del hombre que a todo trance quería acabar con él. Una de ellas se crispó en la pantorrilla y la otra clavó profundamente el cuchillo justo al lado de la primera.

El hombre lanzó un chillido que, evidentemente, quería evitar, a fin de que, tal como se habían propuesto él y su compañero, la muerte del *marshal* se llevase a cabo en el más absoluto silencio.

Herido en la pierna, y siguiendo el impulso que Wesley dio a su mano izquierda tirando de aquélla, el hombre cayó hacia atrás, al mismo tiempo que Wesley Grover se ponía en pie.

También el otro se puso en pie de un salto.

Quedó ante el *marshal* con el cuchillo por delante, con la pierna débilmente apoyada en el suelo.

—Tire ese cuchillo —jadeó Wesley—. Vamos, no sea estúpido, tírelo y acabemos...

Pero el hombre no quería tirar el cuchillo. En cuanto a lo de acabar, toda su obsesión estaba en que lo que tenía que acabar allí era la vida de Wesley Grover.

Se lanzó de nuevo al ataque, cojeando, pero con tal ímpetu y deseos de matar que el *marshal* a duras penas pudo contener el ataque. Y cuando recibió un puñetazo, si bien no demasiado fuerte, en un costado, comprendió definitivamente que la pelea, tenía que ser a muerte.

Otro puñetazo y una cuchillada que rozó su pecho obligaron a Wesley Grover a decidir la pelea.

Sólo podía morir o matar.

Y optó por matar.

Esquivó la siguiente cuchillada, golpeó con el brazo izquierdo el derecho de su enemigo y cuando éste se tambaleaba por la pérdida del equilibrio y de su situación de ataque, el *marshal* lanzó su cuchillada.

De nuevo notó el duro impacto del acero contra la carne. Y de nuevo retiró inmediatamente el cuchillo, retrocediendo. El hombre quedó un instante de pie. Pero enseguida se oyó el ruido del cuchillo al caer sobre las tablas del piso y, siguiéndolo, el del hombre herido de muerte.

Silencio.

Ya había terminado la pelea.

Wesley Grover se acercó a la cama y se dejó caer sentado en ella, todavía con el cuchillo en la mano. Lo miró y de pronto lo dejó caer al suelo.

Estuvo más de un minuto sentado, recuperando el ritmo de su respiración y notando el gusto de la sangre en la boca, así como el ardor de la pequeña herida recibida en el brazo, cerca del hombro, cuando entró en la habitación.

Por fin, se puso en pie y caminó hacia la ventana. Miró por ella y se convenció de que, por lo menos en la calle, nadie había oído ni mucho menos visto nada. Fue entonces hacia la puerta, la abrió y miró por el pasillo. Tampoco nadie había allí. Nadie se había enterado de la feroz y sorda pelea sostenida allí dentro.

Cerró la puerta y se acercó a uno de los dos hombres que habían intentado matarle.

Lo volvió cara al techo y encendió una cerilla. La acercó al rostro del hombre y entonces fue él quien estuvo a punto de lanzar un grito de asombro.

Aquel hombre era uno de los dos con que se había cruzado cuando ellos salían del rancho de Irving Kechtman y él se dirigía hacia allí. Era uno de los dos tipos que, sin lugar a dudas, habían hecho del uso del revólver su profesión. Asesinos profesionales.

Se acercó al otro, con la misma cerilla temblando en su mano, y también examinó sus facciones.

Era el compañero del que había mirado antes.

Allí tenía a los dos hombres que había visto salir del rancho de su amigo Irving Kechtman cuando iba a visitarlo, cuando antes de llegar a la casa lo vio salir de ésta y esconder las alforjas en cuyas solapas se leía la palabra «U. S. Mail».

—Santo Dios...

¿Era aquello posible?

¿Podía ser verdad lo que significaba la presencia de aquellos dos hombres en su habitación dispuestos a matarle?

No. No podía ser cierto de ninguna manera.

Claro que no.

Wesley Grover se puso en pie y de nuevo fue hacia la cama, sentándose en ella. Estaba confuso y no poco horrorizado. Pero ante todo se sentía tan por completo incrédulo, que llegó a pensar si realmente había visto a aquellos dos hombres salir del rancho de Irving Kechtman. O si realmente los tenía allí muertos en su habitación.

Volvió junto a uno de ellos y lo registró.

En efecto.

En el bolsillo de aquel hombre había una considerable cantidad de dinero que calculó aproximadamente en unos quinientos dólares.

Registró al otro y encontró la misma cantidad, más o menos. El cálculo, como en el anterior, podía ser de unos quinientos dólares.

La paga por el asesinato de un *marshal*.

—Claro que no es posible —musitó Wesley—. No podré creer esto jamás.

Estaba luchando todavía contra la evidencia del significado de aquel ataque, cuando en la calle oyó el pateo de varios caballos y voces excitadas.

Se acercó a la ventana y miró por ella. El hotel en que se había alojado estaba muy cerca del saloon ante el cual poco antes había tenido lugar el incidente, la pelea entre los Foster y Aldo Kechtman.

Y delante del saloon, varios hombres y caballos parecían formar un solo grupo agitado y nervioso. Los animales relinchaban sobresaltados.

El *marshal* reconoció a los hombres. Uno de ellos era Luna Llena, y estaba inmóvil bajo la amenaza que significaba para él el revólver de Wilbur Barley. Los otros hombres eran Uriah Campbell y Ricky Wilson, que estaban subiendo, colocando sobre la silla de su caballo a Aldo Kechtman, el cual parecía incapaz de conseguirlo por sí mismo.

Pero, evidentemente, algo raro debía estar sucediendo cuando Barley se veía obligado a tener a raya a Luna Llena con el revólver. De ser simplemente una ayuda lo que Campbell y Wilson prestaban a Aldo Kechtman, en modo alguno habría sido necesario que Luna Llena permaneciese inmóvil, ya que el apache habría sido el primero en ayudar al muchacho.

Sí.

Algo raro estaba sucediendo con aquellos hombres.

Desde la ventana, Wesley Grover vio cómo entre Uriah Campbell y Ricky Wilson conseguían, por fin, colocar adecuadamente a Aldo Kechtman en la silla. Luego, Campbell y Wilson montaron en sus caballos y se colocaron cada uno de ellos a un lado del de Aldo Kechtman, de modo que lo podían sostener entre ambos.

Uriah Campbell dijo algo, dirigiéndose a Barley. Wesley no entendió sus palabras, pero supo cuáles habían sido cuando Wilbur Barley, de pronto, acercándose más al apache, le golpeó violentamente en la cabeza con el cañón de su revólver.

El apache había saltado hacia atrás, intentado esquivar el golpe, pero al parecer no lo consiguió del todo. Cayó al suelo.

Entonces Wilbur Barley montó en su caballo, se reunió con Campbell y Wilson y el seguramente borracho Aldo Kechtman, y los cuatro se alejaron

del centro de Banquete hacia la salida norte del pueblo.

Wesley estaba dispuesto ya a bajar en ayuda del indio apache y preguntarle qué estaba ocurriendo, cuando vio a Luna Llena incorporarse trabajosamente y dirigirse con pasos no muy firmes hacia su caballo.

De nuevo bastantes curiosos habían aparecido en la calle. Pero esta vez el espectáculo no era tan interesante. Una simple borrachera de Aldo Kechtman. Posiblemente una más de las muchas que el muchacho debía sufrir en los últimos tiempos.

En cuanto a Luna Llena, por supuesto, y a pesar de sus malas condiciones físicas en aquel momento, nadie se acercó a ayudarlo. El apache, empero, tenía vigor suficiente para subir a su caballo. Quedó en la silla, al parecer no muy seguro, pero Wesley Grover supo que, tal como estaba, un indio apache era capaz de galopar millas y millas sin caer del caballo.

Y, en efecto, Luna Llena salió al trote corto detrás de los cuatro jinetes anteriores.

No valía la pena seguirlos.

Wesley Grover sabía perfectamente que todos se dirigían ahora hacia el rancho de Irving Kechtman.

Y a pesar de que sentía auténtica curiosidad y deseos de ayudar a su amigo, Wesley Grover decidió quedarse en su habitación.

Irving Kechtman tenía que resolver sus propios problemas. Y si llegado un determinado momento comprendía que no podía hacerlo, ya se encargaría de llamarlo o mandarlo a buscar.

Entonces, Wesley Grover hizo lo que le pareció, lo más sensato. Retiró los cadáveres de los dos hombres que habían intentado asesinarlo a un rincón de su habitación y los cubrió con una manta. Luego, sin haber encendido el quinqué en ningún momento, el *marshal* se tumbó en su cama dispuesto a dormir y a esperar los acontecimientos.

CAPÍTULO IX

Irving Kechtman estaba en su despacho, solo, fumando pensativamente, cuando oyó el galope de varios caballos que se acercaban rápidamente a la casa.

Se puso en pie y miró por la ventana del despacho. Vio llegar a los cuatro jinetes y enseguida en su rostro apareció una mueca dura que pareció dejarlo petrificado.

Fue hacia la percha, descolgó el cinto con el revólver y se lo colocó a la cintura. Luego amarró la correílla de cuero en el muslo, cerca de la rodilla, y entonces salió del despacho.

Para cuando llegó al porche, también habían llegado allí los cuatro jinetes que había visto por la ventana. Naturalmente, Irving Kechtman había reconocido ya en uno de esos jinetes a su hijo y era muy fácil no sólo reconocer también a Wilbur Barley, Uriah Campbell y Ricky Wilson, sino adivinar quiénes eran, tan sólo por llegar acompañando a Aldo.

Los cuatro jinetes habían detenido sus caballos con secos tirones, obligando a los animales a relinchar de dolor.

Uriah Campbell y Ricky Wilson continuaban haciéndose cargo de Aldo. Barley también desmontó y permaneció a la expectativa mientras Campbell y Wilson bajaban del caballo a Aldo Kechtman.

Irving asistía en silencio a la escena, pero, por fin comprendió que su hijo llegaba mucho peor que en otras ocasiones.

Se acercó al borde del porche y masculló:

—¿Qué ha ocurrido esta vez, Barley?

Wilbur Barley subió al porche, quedando frente a frente con Irving Kechtman. Mientras, Campbell y Wilson habían ya colocado convenientemente de pie a Aldo y lo llevaban también hacia el porche.

—No ha ocurrido nada especial, señor Kechtman —sonrió Barley—. Tan sólo que Aldo y nosotros hemos decidido dar una vuelta esta noche.

—¿Una vuelta? Vaya... Hasta ahora estaba convencido de que vuestro lugar preferido para divertirnos era el saloon.

—Así es —rió Campbell—. Pero para divertirse en el saloon y sitios así, señor Kechtman, hace falta tener dinero.

—¿Y no tenéis?

—Poco, muy poco, señor Kechtman —rió también Ricky Wilson—. Por eso hemos venido aquí a buscarlo.

Irving Kechtman miró despectivamente a los tres amigos de su hijo, que parecía en verdad completamente borracho.

—Estáis locos si pensáis que os voy a dar un solo centavo, Wilson.

—¡Oh! No necesitamos su cochino dinero para nada —volvió a reír más agudamente Ricky Wilson—. Ya nos las arreglaremos por nuestros propios medios, señor Kechtman.

Barley y Campbell corearon la risa de Wilson. Los tres reían como si Wilson hubiese dicho algo muy divertido.

Delante del barracón de los vaqueros se veían ya algunos de éstos, que sin duda habían salido al porche atraídos por el escandaloso arribo de los cuatro jinetes. Pero en tanto Irving Kechtman no les llamase, ninguno de ellos se acercaría. Sabían muy bien que su patrón se bastaba a sí mismo para cualquier asunto. Y, sobre todo, sabían que no le habría de resultar agradable a Irving Kechtman que sus vaqueros viesan llegar borracho a su hijo.

—¿Por vuestros propios medios? —pareció sorprenderse Kechtman.

—Así es, así es, señor Kechtman. Total, sólo tenemos que despejar un poco a Aldo. Y no nos pareció conveniente hacerlo en Banquete. Lo haremos aquí, y ya verá usted cómo enseguida solucionamos el asunto dinero.

—Lo dudo.

—Pues esperamos convencerlo bien pronto —volvió a reír Wilson—. Vamos, muchachos, entremos a Aldo en la casa y despejémoslo de una vez. Es la borrachera más bestial que ha pillado en toda su vida.

—Yo me encargaré de mi hijo —dijo Kechtman—. En cuanto a vosotros, ya os estáis largando de mi casa inmediatamente. Espero no tener que repetirlo, Barley.

—No tendrá que repetirlo, señor Kechtman, porque no pensamos irnos. ¿No es cierto, muchachos?

Brian Campbell y Ricky Wilson, se mostraron en perfecto acuerdo con Barley. No. No parecía que fuesen a aceptar la ruda advertencia de Irving Kechtman.

Éste frunció más el ceño y toda su actitud evidenció agresividad. Pero ni siquiera tuvo ocasión de insistir, siquiera fuese verbalmente.

Wilbur había sacado su revólver y apoyado la punta del cañón en el estómago de Kechtman.

—Muy bien. Esto se acabó ya, señor Kechtman. Ahora haga el favor de entrar en su casa... dejando la puerta abierta, naturalmente.

Kechtman bajó la vista hacia el revólver que se clavaba en su estómago. Luego su mirada subió hasta los ojos de Wilbur Barley. Éste se estremeció y se sintió inquieto cuando comprobó hasta qué grado podían parecer helados los ojos del *exmarshal*. Pero no era el *exmarshal* el que en aquellos momentos tenía el revólver en la mano, sino él, así que insistió:

—Vamos, vamos adentro, señor Kechtman.

Irving Kechtman asintió con la cabeza, dio la vuelta y entro en la casa. Campbell y Wilson entraron medio arrastrando a Aldo, que miraba a su padre, pero era realmente casi como si no lo viese, Barley fue quien cerró la puerta y dijo:

—Llévadlo a la cocina y despejadlo cómo sea. El señor Kechtman y yo os esperamos aquí.

Wilson y Campbell obedecieron. Fueron hacia el fondo de la casa y desaparecieron por allí. Aparecieron apenas tres minutos más tarde. Llevaban entre ellos, por supuesto a Aldo Kechtman, el cual estaba completamente empapado. Y parecía que sus ojos habían recobrado la expresión y sus piernas buena parte de firmeza.

—Parece que Aldo está mucho mejor —rió Campbell.

—Bueno, en ese caso subid con él a buscar algo de dinero. Vamos, daos prisa.

Campbell y Wilson, siempre uno a cada lado de Aldo, se dirigieron hacia la escalera que llevaba al piso superior donde estaban los dormitorios de la casa. Irving Kechtman, que no había despegado los labios desde que entró en la casa, los estuvo mirando a los tres mientras subían la escalera. Su hijo, una vez en lo alto, se volvió y lo miró, pero no hubo un solo movimiento o cambio de expresión en el rostro del padre.

—No se lo tome a mal, señor Kechtman —dijo Barley—. Ya sabe que somos amigos de Aldo. Lo que pasa es que usted es mucho menos tratable que su hijo.

Kechtman lo miró como si fuese un gusano asqueroso, pero continuó en silencio. Barley se mordió los labios al comprender el desprecio que Irving Kechtman sentía por él y por su revólver.

Arriba, Uriah Campbell y Ricky Wilson, junto con Aldo, habían ya desaparecido en el recodo del descansillo. Se les oyó hablar, y casi enseguida

Irving Kechtman y Barley oyeron unas exclamaciones, gritos, pasos rápidos.

Uriah Campbell, Ricky Wilson y Aldo Kechtman aparecieron precipitadamente en el descansillo. Parecía que Aldo se había despejado completamente, de golpe.

—¡No está! —gritó Aldo—. ¡No está el dinero!

Barley frunció el ceño.

—¿Qué dices, idiota? ¡Búscalo bien!

—¡Te digo que no está! —chilló Aldo Kechtman—. ¡Sé muy bien dónde dejo las cosas y no está dónde yo lo dejé, Wilbur!

Barley desvió entonces el revólver que apuntaba a Irving Kechtman para orientarlo en dirección hacia Aldo.

—Escucha, Aldo...

—¡No seas idiota! —aulló el muchacho—. ¿Acaso crees que yo he escondido el dinero? Te aseguro que no lo he vuelto a tocar desde que nos quedamos los tres mil dólares para los cuatro.

—Está bien. Bajad.

Aldo, Campbell y Wilson bajaron rápidamente la escalera. Estaban muy nerviosos. El que parecía conservar mejor la serenidad era Wilbur Barley, el cual estaba viendo en los ojos de Irving Kechtman no ya aquella dureza que le había escalofriado, sino un fondo de burla.

—Señor Kechtman —susurró Barley—: tiene usted diez segundos para darnos ese dinero.

—¿Qué dinero? —preguntó inocentemente Kechtman.

—Usted lo sabe muy bien.

—¿Yo? Creí que vosotros podríais solucionar de manera independiente y adecuada vuestros asuntos de dinero, Barley.

—Le juro que le voy a meter dos balas en la barriga si dentro de diez segundos no nos ha entregado las alforjas.

—¡Ah! ¿Te refieres a las alforjas que tenían dentro cuatro mil dólares y muchos miles de dólares en Bonos del Gobierno, Barley?

—A esas alforjas, exactamente, me estoy refiriendo.

—Bueno. Puedes buscarlas. Considérate en tu casa.

—¡Déjese de tonterías! Está usted jugando con su vida, señor Kechtman. Le advierto que por menos de ese dinero soy capaz de acribillarlo aquí mismo, delante de su hijo. Conque le aconsejo nos traiga ahora mismo esas alforjas... Y con el dinero en ellas, naturalmente.

Irving Kechtman asintió con un gesto.

—De acuerdo, Barley. Os daré las alforjas. Pero con una condición.

—No hay condiciones.

—He dicho una condición, Barley.

—Está bien. ¿Cuál es esa condición?

—Dime cómo es posible que vosotros tengáis unas alforjas de correo.

—Bueno... ¿Necesita eso muchas explicaciones acaso?

—No. No para mí, ciertamente, Barley. Pero quiero tener la certeza absoluta de cómo han llegado esas alforjas hasta vosotros.

—Está bien claro. Asaltamos la diligencia y nos las llevamos. Eso es todo, señor Kechtman —sonrió Barley irónicamente—. ¿Es eso lo que usted había pensado?

—Sí.

—Y no le gusta, ¿verdad?

—¿Interviniste tú en el asalto, Aldo?

—¡Claro que intervino! —exclamó Campbell—. Fuimos los cuatro, señor Kechtman. Su hijo intervino exactamente en la misma proporción que los demás. Por eso hemos venido aquí a buscar abiertamente el dinero. Usted no se atreverá a delatarnos, porque hacer eso sería tanto como delatar a su hijo. Y no olvide que en el asalto murió un hombre. Eso podría ser muy desagradable para todos, señor Kechtman. ¿No lo cree así?

—¿Quién fue el que mató al guarda?

—¿Qué importa eso? —masculló Barley.

—Sólo quiero saber si fue mi hijo, Barley.

—No fue él —dijo Wilson—. Fue Barley el que le metió los dos balazos a aquel estúpido que quiso hacernos frente a pesar de ver que Barley le tenía bien encañonado. ¿Por qué no se estuvo quieto? Ahora, al menos, estaría vivo...

—Es cierto —sonrió fríamente Irving Kechtman—. El guarda de la diligencia estaría vivo y Wilbur Barley no sería un asesino.

—¡Oiga!

Irving Kechtman no le hizo el menor caso.

—Pero, realmente —los fue señalando a todos con un dedo—, no es solamente Barley el asesino. Sois los cuatro. Los cuatro sois igualmente asesinos. Desde luego, si os juzgasen, Barley sería él que llevaría la peor parte. Pero, en mi opinión, los cuatro sois igualmente asesinos.

Barley se acercó a Kechtman apuntándole de nuevo con el revólver.

—Mire, señor Kechtman, déjese ya de tonterías y denos esas alforjas. Necesitamos dinero y eso es todo. Si se las dejamos a Aldo para que las guardase, fue porque aquí estarían más seguras que en ningún otro lugar.

Nosotros no tenemos sitio fijo ni seguro donde esconderlas. En cambio, ¿quién había de buscar esas alforjas en la casa de Irving Kechtman?

—Fue una buena idea —admitió Irving Kechtman—. Pero quizá no tan buena como vosotros estáis creyendo. De momento ha llegado ya a Banquete un hombre del cual no vais a poder escapar de ninguna manera.

—¿Se refiere al *marshal*?

—Me refiero al *marshal*, sí, a Wesley Grover.

—Bueno —soltó una risita Campbell—. No se preocupe demasiado por él, señor Kechtman. Seguramente ya está descansando de todas sus fatigas.

Wilson, Campbell y Barley rieron de nuevo a la vez.

—¿Qué has querido decir con eso? —se sobresaltó Kechtman.

—He querido decir, exactamente, señor Kechtman, que a estas horas el *marshal* Wesley Grover debe estar en su habitación cosido a puñaladas. Solamente eso.

Kechtman quedó lívido como un cadáver.

—¿Lo habéis matado?

—¡Oh, no! Nosotros, no. Siempre hay gente que por unos cuantos dólares sabe encargarse de estos asuntos. Por cierto, señor Kechtman, que los hombres que se han encargado de esto son muy efectivos, muy seguros en sus trabajos. Y usted los conoce.

—No creo eso, Barley.

—¿No? ¿Por qué? ¿No conoce usted quizá, a dos hombres que estuvieron a verle esta tarde en su rancho?

Irving Kechtman dirigió una rápida mirada a su hijo.

—Sí. Conozco a dos hombres que estuvieron esta tarde en mi rancho. ¿Qué hay con ello?

Kechtman continuaba mirando a su hijo.

—Vinieron a pedirme dinero que Aldo les debía. Yo sabía que algo de eso había, porque hace unos días tuve, noticias de que Aldo había jugado con dos tipos y había perdido mucho. Entonces, supongo que Aldo no les pudo pagar y quedaron en que ellos cobrarían a la más próxima oportunidad.

—Exactamente, señor Kechtman. Pero como su hijo Aldo no les pagó, ellos vinieron aquí a pedir el dinero. ¿No es así?

—Así es. Sin embargo, Barley, hay una cosa que yo no entiendo. Puesto que vosotros asaltasteis la diligencia y teníais dinero, ¿por qué no pagó Aldo a esos dos hombres? Me habría evitado la molestia de recibirlos y los grandes deseos de echarlos a balazos de mi casa.

—Señor Kechtman: ¿cree usted que nosotros somos idiotas? Si de pronto Aldo hubiese empezado a tener mucho dinero y a pagar, a esos hombres, habrían sospechado de nosotros. Les debía mucho dinero, usted lo sabe bien, que les ha pagado. Pero no podía pagarles Aldo después del asalto a la diligencia. Por eso, ellos vinieron aquí, usted les pagó y asunto liquidado. Luego los vimos en el saloon y se nos ocurrió que podrían ganar unos cuantos dólares más matando a Wesley Grover, ese maldito *marshal*.

Aldo Kechtman soltó una risita.

—¡Es muy gracioso, papá! ¿No sabes? Parece ser que tu amigo Grover ya tiene sus buenas sospechas o una buena pista para encontrar las alforjas. Me estuvo hablando de ello, después de llegar muy a tiempo para impedir que los Foster me matarán a puñetazos. Oh, pero eso no importa ahora... Vamos a dejar aparte lo de los Foster, papá. Al fin y al cabo, todo puede más adelante arreglarse. Te aseguro que lamentarán haberme pegado. Volvamos a lo de tu amigo Wesley Grover. Como te decía, parece tener ya sus sospechas. En fin, sabe algo. Pero fíjate qué divertido, papá: ¡el *marshal* cree que eres tú quién ha tenido algo que ver con el asalto a la diligencia! ¿No te parece muy divertido?

—¿Por qué dices eso? —musitó Kechtman.

—Ya te digo —sonrió el muchacho— que me estuvo hablando sobre esto después de separarnos a los Foster y a mí. Me pidió que te comprendiese mejor, que aceptase a Gladys. Total, que yo debo ser un buen chico y no sentirme disgustado por tener un padre tan poderoso, un padre justo y acertado siempre, un padre que se casa con una chica joven, un padre que anula por completo la personalidad del hijo.

Irving. Kechtman, que había recobrado el color, palideció de nuevo.

—¿Qué estás diciendo, Aldo?

—¡Qué estoy harto de ti! —chilló violentamente el muchacho—. ¡Eso es lo que estoy diciendo, que estoy harto de ti, de tu prestigio, de tu cuidado! De todo lo tuyo, padre.

—Ya entiendo —musitó duramente Kechtman—. Te sientes impotente para ser tan hombre como yo, y eso hace que incluso sientas hacia mí un poco de odio. ¿No es así, Aldo?

—¡Soy tan hombre como tú!

—Es posible. Pero no has elegido la manera acertada de demostrarlo. Yo comprendo que te ha de resultar un poco molesto que tu padre no sea un anciano desdichado fácil de manejar. Te gustaría tener tú tanta energía como yo, o más. Pero eso no es culpa mía. Ni es culpa mía que te hayas

descorazonado tan pronto. Al fin y al cabo, con un poco de esfuerzo por tu parte, podrías haber llegado a ser tan hombre como yo, como Wesley Grover y como otros muchos. Pero equivocaste el camino, Aldo. Si crees que ser hombre es vivir como lo estás haciendo y convirtiéndote en una bestia como son Barley, Campbell y Wilson, te aseguro que has equivocado el camino.

—¡Está bien, he equivocado el camino! Y ahora vas a darnos ese dinero.

—Aldo, nunca serás un hombre como a ti te gustaría si continúas con tipos como éstos que ahora te acompañan. Compréndelo. Su amistad, por otro lado muy relativa, únicamente va a perjudicarte. Yo me voy a casar pronto con Gladys Foster. Nadie podrá impedirlo. Pero haremos una cosa, Aldo. Gladys y yo nos iremos dos o tres meses lejos de aquí. Haremos un largo viaje por el Norte... O quizá vayamos a Nueva Orleans, o un sitio así. Te dejaré al frente del rancho. Entonces sólo dependerá de ti demostrar si eres un hombre o yo tuve razón al no confiar todavía en tus fuerzas para permitirte gobernar el rancho y sentirte satisfecho de ti mismo.

—Vaya... ¿Ahora me concedes la oportunidad, padre?

—Yo creo, Aldo, que ni siquiera ahora estás preparado para eso. De los padres no se ha de heredar forzosamente la firmeza de carácter. Tú no tienes mi firmeza de carácter. Pero aun a riesgo de que al volver me encuentre con el rancho arruinado, voy a concederte esa oportunidad.

—¡No necesito tu generosidad! —gritó furiosamente Aldo Kechtman, adelantándose hacia su padre—. ¡Sólo quiero que me des el dinero; eso es todo, padre!

Irving Kechtman encogió los hombros, miró uno a uno a los cuatro muchachos que tenía delante y, por fin musitó:

—Sea. Os daré el dinero.

—Eso es ponerse en razón —sonrió Barley—. Ahora tráigalo.

—Lo escondí fuera de la casa.

—Pues, vamos a buscarlo.

Barley se dirigió hacia la puerta, que había quedado entornada, y la abrió.

—Adelante, señor Kechtman. Usted primero.

Irving Kechtman se dirigió hacia la puerta. Salió al porche seguido de Wilbur Barley. Pero así como Kechtman había llegado al porche sin novedad, Wilbur Barley desapareció bruscamente hacia un lado de éste. Y Uriah Campbell, Ricky Wilson y Aldo oyeron claramente un golpe que no supieron a qué atribuir.

Wilson se precipitó también hacia fuera en el mismo momento en que Kechtman parecía a punto de decir algo tras volverse hacia el lugar donde

había sonado el golpe.

En el mismo instante en que Ricky Wilson pisaba el umbral, una figura se interpuso entre él y Irving Kechtman.

El apache Luna Llena.

Y con una rapidez de movimientos escalofriantes, Luna Llena hizo comprender a Campbell y Aldo, que todavía estaban dentro de la casa, el significado del golpe que habían oído antes en el porche.

Era sencillo.

El ensangrentado cuchillo apareció en la mano de Luna Llena y quedó claro que había acuchillado a Wilbur Barley. No sólo lo supieron esto al ver el cuchillo manchado de sangre, sino al oír el mismo golpe, el mismo sonido, cuando Luna Llena clavó el cuchillo, también fuertemente, en pleno corazón de Ricky Wilson.

Wilson lanzó un chillido espantoso y saltó hacia atrás agitando sus brazos y sus piernas en los últimos movimientos agónicos de su cuerpo.

Chocó contra Aldo Kechtman, derribándolo y rodando los dos por el suelo, al tiempo que Uriah Campbell, tras sacar rápidamente su revólver, lo encaraba hacia el apache... Y el apache, comprendiendo que no tendría tiempo de llegar hasta Uriah Campbell, lanzaba fuertemente el cuchillo hacia éste.

Tanto el cuchillo como la bala llegaron a su destino.

Dos corazones.

La bala disparada por Campbell dio en la frente de Luna Llena, y pareció que el apache fuese alzado y zarandeado por un vendaval que lo tiró rodando por el porche hasta ir rebotando, finalmente, en los tres escalones que daban a la polvorienta explanada.

Y el cuchillo del apache Luna Llena se clavó hasta el mango en la garganta de Uriah Campbell. Éste todavía tuvo un instante de aliento, que invirtió, tras soltar el revólver, a llevar ambas manos hacia el mango del cuchillo y tirar de él. Inmediatamente, un chorro de sangre brotó de la herida y Uriah Campbell cayó como fulminado.

Aldo Kechtman se estaba poniendo en pie, mirando horrorizado la gran cantidad de sangre que brotaba del cuerpo de Campbell, cuando vio junto a él las botas, las piernas de su padre.

El muchacho alzó la cabeza.

—Padre...

—Cállate —ordenó duramente Irving Kechtman—. No digas ni una sola puerca palabra; Aldo. No digas absolutamente nada.

El muchacho acabó de incorporarse y se quedó mirando asustado a su padre. Éste se dedicaba a examinar los cuerpos de Uriah Campbell, Ricky Wilson, Wilbur Barley y Luna Llena, mientras afuera, en la explanada, se oía el rumor de la llegada de los vaqueros procedentes del barracón.

Kechtman habló brevemente con su hijo antes de que los vaqueros acabasen de llegar.

—No les digas nada a ellos tampoco, Aldo. Estás bastante borracho. Fíngete aún más borracho y ve a acostarte. Yo procuraré arreglar esto a mi manera... Y más adelante hablaremos tú y yo... de hombre a hombre.

—¿Qué... qué piensas hacer, padre?

—No es cuenta tuya. No creo yo que lo sea, al menos. Sólo te diré una cosa. Si Wesley Grover ha caído bajo esos dos hombres que enviasteis a matarlo tan sólo porque Wesley estaba en el buen camino para descubrir los autores del asalto a la diligencia y el asesinato del guarda... Si esos dos hombres han matado a Wesley, Aldo, te aseguro que más te valdría desaparecer para siempre de mi vista.

CAPÍTULO X

Wesley Grover despertó bruscamente al oír la llamada en la puerta de su habitación. Y cuando se incorporó, notó de modo inesperado el dolor en el brazo herido. No había prestado demasiada atención a aquella herida, que, al parecer, tenía más importancia de la concedida.

Se puso en pie y fue hacia la puerta en la cual continuaban los golpes, ahora más repetidamente, y oyó la voz de Irving Kechtman.

—¡Wes! ¡Wesley, soy Irving! ¡Abre la puerta, Wes!

Por supuesto, Grover reconoció con toda seguridad la voz de su viejo amigo Irving Kechtman. De modo que abrió la puerta de un seco tirón y se quedó mirando a su visitante.

Apenas verlo a él, Irving Kechtman, cuyo rostro estaba palidísimo, suspiró y pareció abandonar un violentísimo estado de tensión y de angustia. Enseguida la palidez fue disminuyendo, siendo sustituida por el color bronceado normal en el rostro del *exmarshal*.

—Wes —susurró—. ¡Estás vivo! ¡Gracias a Dios que estás vivo!

Grover no dijo nada. Se apartó de la puerta y señaló hacia, el interior de la habitación, con un ademán del brazo. Esperó a que Kechtman entrase, la cerró, encendió una cerilla y la aplicó a la llama del quinqué. Luego colocó el tubo en su sitio, subió un poco la mecha y, por fin, se volvió hacia Irving Kechtman.

—¿Realmente te alegras de que esté vivo, Irving?

—¡Oh, vamos, Wes! No es momento de bromas.

El *marshal* señaló hacia el rincón donde había dejado los cadáveres de los dos pistoleros asesinos tapados por una manta.

—Ahí los tienes, Irving.

Kechtman corrió hacia allá, alzó la manta, vio a los dos pistoleros y los volvió a tapar. Se incorporó y regresó hasta quedar frente a frente con Wesley Grover.

—No es tarea fácil matar a un hombre como nosotros, ¿verdad, Wes? —sonrió temblorosamente.

—No. No es fácil, Irving.

—Me alegro.

—O yo estoy loco o fuiste tú quién enviaste a estos hombres a matarme. ¿De qué te alegras entonces?

Kechtman se quedó mirando boquiabierto al *marshal*.

—¿Estás loco, Wes? —gruñó—. ¿Has llegado, a pensar que yo he enviado a dos hombres a matarte?

—Lo he llegado a pensar, Irving —sonrió Wesley—. Pero supongo que ha sido una estupidez por mi parte.

—Sabes muy bien que jamás haría eso...

—Lo sé. Lo sé, en efecto. Pero comprende que, después de verte enterrar unas alforjas conteniendo miles de dólares en Bonos del Gobierno y cuatro mil dólares en billetes, tenía que pensar algo más o menos parecido, Irving.

—¡Me viste! —se desalentó Kechtman.

—Te vi. Iba a visitarte cuando me crucé con esos dos hombres —los señaló—. Y cuando estaba ya en la explanada de tu rancho, te vi salir con las alforjas y noté algo que me pareció raro en ti. Mirabas a todos lados, parecías nervioso. Te seguí y te vi esconder las alforjas. Luego las desenterré y vi lo que contenían. Supe que de un modo u otro tú estás relacionado con el asalto de la diligencia.

—¿Y las alforjas? —preguntó Kechtman.

—Las dejé donde estaban.

—Comprendo... Comprendo, Wes. Tú siempre has sido igual. Y siempre seguirás siendo un amigo dispuesto a todo.... ¿No es así?

—Así es, Irving. Y estoy seguro de que lo mismo sucede contigo.

—Desde luego. Vine a toda prisa porque me enteré de que Wilbur Barley, Uriah Campbell, Ricky Wilson y el canalla de mi hijo habían encontrado a dos hombres para matarte.

—¿Te lo dijeron ellos?

—Así es. Ocurrió que llegaron a casa llevando a Aldo borracho.

Irving Kechtman relató con rapidez, pero minuciosamente, todo lo ocurrido desde que, estando él en su despacho, oyera la llegada de los cuatro jinetes. Y contó también todo cuanto se había hablado en su casa, así como la final intervención de Luna Llena.

Respecto al apache, Wesley Grover comentó:

—Creo saber por qué finalmente Luna Llena tomó esa decisión de matar a los amigos de tu hijo, Irving. Supongo que el apache, finalmente, se enteró de lo que habían hecho los cuatro muchachos, y cuando ellos se fueron hacia tu

rancho dejándolo a él tendido en el suelo de un golpe, supongo que Luna Llena decidió ayudar a tu hijo de la única manera que se le ocurría, dada su mentalidad apache. Simplemente matando a Barley, Campbell y a Wilson, dejaba a tu hijo libre de la influencia de ellos y posiblemente te hubiese dicho a ti lo que había sabido últimamente, siempre que tú ayudases a tu hijo. Eso es lo que yo creo que ha intentado Luna Llena.

—¿Pero qué hago yo? —casi gimió Irving Kechtman—. ¿Qué es lo que puedo hacer ahora, Wes?

—Entiendo, que fue Wilbur Barley quien mató al guarda de la diligencia, Irving.

—Así es. Fue Barley. ¿Por qué?

—Bueno... Si tu hijo no fue quien cometió la muerte, se supone que las cosas se le simplificarán en buena parte. Lo malo sería que el muchacho hubiese sido quien disparó contra el guarda. Pero en estas circunstancias, y mediando tu intervención y la mía... En fin, yo no sé qué decirte, Irving.

—¡Pero es que se trata de mi hijo, Wes! ¡De mi hijo! Y te aseguro que no sé qué hacer... ¿Qué hago? ¡Por el amor de Dios, Wes, dime qué hago!

Wesley Grover miró fijamente al viejo amigo de tiempos mejores.

Y dijo:

—Simplemente, Irving, cumple con tu deber.

* * *

Wesley Grover se levantó bastante tarde al día siguiente. En realidad, lo estaba haciendo a propósito. Había tenido la esperanza de que antes de que llegase el nuevo día, su amigo Irving Kechtman habría aparecido allí después de regresar a su rancho tras la última entrevista. Había esperado que Irving Kechtman reapareciese nuevamente en Banquete y le visitase, proporcionándole una solución definitiva al asunto.

Por supuesto, el *marshal* Wesley Grover no necesitaba que nadie le presentase las cosas solucionadas. Sin embargo, tratándose de Irving Kechtman, ya nada era igual. Las cosas requerían un especial cuidado y una muy particular manera de encontrarles solución.

Por eso, aquella mañana, a propósito, Wesley Grover retrasó todo cuanto pudo el momento de levantarse, de arreglarse y, finalmente, de salir del hotel.

Y cuando lo hizo, cuando apareció en el porche del único hotel de Banquete, comprendió que toda su espera, todas sus vacilaciones y dudas habían valido la pena.

Allí, delante mismo del hotel, estaba Irving Kechtman.

Y no estaba solo.

Junto a él, también a caballo, estaba su hijo Aldo. Y había un detalle ciertamente revelador que diferenciaba a ambos hombres. Mientras que Irving Kechtman estaba intensamente pálido, demudado el rostro y sus manos se movían nerviosamente en el pomo de la silla de montar, su hijo parecía mucho más tranquilo... y sus manos no podían moverse, por la sencilla razón de que estaban atadas al pomo de la silla. Y, colgando a ambos lados del cuello del caballo que montaba Aldo Kechtman, se distinguían perfectamente las alforjas de cuero en cuyas solapas estaban escritas las palabras «U. S. Mail».

No eran los Kechtman los únicos jinetes que estaban en la calle a tan temprana hora.

Aparte de algunos ciudadanos de Banquete, estaba también en la acera de tablas, y muy cerca del porche del hotel, el alguacil Will Stoner, que por su aspecto parecía no estar pasándolo en absoluto bien.

Y también estaban los Foster. Dos de ellos, los hermanos menores, estaban a caballo. El mayor, Ted, estaba en un calesín, y a su lado, en el asiento, estaba su hermana Gladys.

No se oía absolutamente ningún ruido en la calle Mayor de Banquete.

Todas cuantas personas se hallaban en ella estaban pendientes absolutamente de la insólita y extraordinaria escena que patentizaba Irving Kechtman montado a caballo y teniendo junto a él a su hijo, también montado a caballo, con las manos atadas al pomo, y las alforjas de «U. S. Mail» cruzadas en el cuello del animal.

Wesley Grover permaneció durante más de un minuto en el porche del hotel. Tuvo tiempo de liar un cigarrillo y encenderlo. Sabía que todo estaba ya solucionado. No había ninguna prisa.

Por eso, una vez encendido el cigarrillo, bajó del porche, y rodeando el edificio del hotel, fue hacia las cuadras. En menos de dos minutos, ensilló su caballo. Y cuando reapareció en la calle Mayor, todo continuaba igual. Exactamente igual. Entonces, Wesley Grover, ya montado, se dirigió hacia donde Gladys Foster estaba sentada en el asiento alto del calesín que gobernaba su hermano Ted.

El *marshal* sonrió y se tocó el ala del sombrero con dos dedos.

—Buenos días, señorita Foster.

—Buenos días, señor Grover.

—La verdad —musitó el *marshal*— es que quiero despedirme de ustedes, de los Foster, hasta... Digamos hasta la vista. Porque estoy convencido, Gladys, de que no tardando mucho este triste y maldito *marshal* tendrá que volver a viajar hacia Banquete. ¿Me equivoco?

Gladys Foster miró hacia donde, impávidos, inmóviles, permanecían los Kechtman a caballo.

—No se equivoca, Wesley. Y, sinceramente, mi tristeza sería grande si no estuviese usted presente cuando Irving y yo podamos unirnos para intentar olvidar algunas de las cosas que últimamente han sucedido.

También Wesley Grover miró hacia donde estaban los Kechtman.

Luego miró a Ted Foster, y le sonrió desgánadamente.

—Foster, no encontrarán jamás otro hombre tan íntegro, tan humano y honrado, que tanto merezca a su hermana Gladys. No le nieguen ese poco de felicidad.

Ted Foster se limitó a asentir con la cabeza. Estaba muy serio. Y cuando, como despedida final, Wesley Grover miró a Gladys, vio en los ojos de ella dos lágrimas que estaban a punto de desprenderse, de rodar por las mejillas de la mujer.

Se tocó de nuevo el ala del sombrero con dos dedos y ya fue hacia donde esperaban Irving y Aldo Kechtman.

Cuando llegó ante éstos, no dijo nada. Simplemente miró primero a Irving Kechtman, luego a Aldo Kechtman y de nuevo, con una extraña expresión entre sonriente y triste, al viejo amigo, que, como él, tantas veces había llevado la placa de *marshal*.

Luego miró las alforjas que colgaban a ambos lados del cuello del caballo que montaba Aldo Kechtman.

Y, definitivamente, por último, Wesley tomó las bridas del caballo de Aldo Kechtman. Y llevando así junto a él al muchacho, se dirigió hacia la salida de Banquete.

Una vez allí se volvió.

Y para su tranquilidad, para su alegría, pudo ver a Gladys Foster que no estaba en el calesín junto a su hermano, sino en plena calzada, sobre; el polvo, con la cabeza alzada y los ojos fijos en Irving Kechtman.

Eso era todo.

ESTE ES EL FINAL

El anochecer encontró a dos hombres acampados junto a la orilla del San Patricio River. Uno de ellos estaba sentado en el suelo, con la espalda apoyada en una roca. Tenía las manos libres, pero no parecía dispuesto a iniciar cualquier acción en contra del otro hombre que lo llevaba preso.

Y Wesley Grover, que estaba encendiendo la pequeña fogata en la que cocinaría la parca y rápida cena de aquella noche, miró hacia el muchacho y preguntó:

—En resumen, Aldo. ¿Qué es lo que tú tienes contra tu padre?

—No lo sé —musitó el muchacho.

—Yo sí lo sé —dijo con seguridad el *marshal*—. Te sentías muy poca cosa junto a él. Tan poca cosa y con tanto orgullo, Aldo, que decidiste apartarte de todo lo que pudiese relacionarse con tu padre. Simple y estúpido orgullo. Como era orgullo tu resistencia a admitir que Irving Kechtman todavía estaba vivo y, por lo tanto, tenía derecho a la vida, al amor y todo cuanto encontrase en su camino. Él no tenía ni tiene la culpa de que sus asuntos, sus negocios del rancho, no fuesen todo lo bien que era de desear. No podía darte todo cuánto tú deseabas, sabiendo como sabías que era un hombre de gran prestigio, de gran reciedumbre humana. Y, por eso, decidiste hacer las cosas a tu manera y demostrarle que no le necesitabas absolutamente para nada y que considerabas algo digno de burla que a sus cuarenta y cinco años, con sus cabellos grises y su mucha vida dejada atrás, sintiese de nuevo deseos de vivir y tener una esposa que le alegrase... Cosa que tú no has sabido hacer.

—¿Debo sentirme avergonzado? —preguntó Aldo.

—Yo creo que sí, Aldo.

—¿Y mi padre no debe sentirse avergonzado?

—¿Por qué? ¿Por entregarte? A ver si lo comprendes de una vez, muchacho. Luna Llena dio la vida por ti. Es decir, por ayudarte a salir del apuro, por librarte de tus malos amigos.

—Ésa fue una buena ayuda.

—Seguro que sí. ¿Y crees que la de tu padre no?

—No lo sé... Ni siquiera sé cómo me recibirá cuando yo regrese a casa...

—Todo dependerá de ti. Pero yo estaba diciendo que tenías que comprenderlo de una vez: tu padre ha hecho por ti más que Luna Llena, más que nadie. Es lo lógico, por otra parte. Una vez más, ayudándote, te ha mostrado el camino.

—¿Cuál camino?

—Jamás comprenderás, quizá, el gran sacrificio que ha realizado tu padre, el dolor que ha sentido al entregarte a su viejo amigo. Pero espero que comprendas qué clase de hombre has de ser tú con un padre semejante, Aldo Kechtman. Con un padre que no vacila en entregar a su hijo cuando se le dice: cumple con tu deber.

—FIN—